

El Campo de la Batalla de Boyacá desde su Arqueología y su Pasado Remoto: Presencia Humana Milenaria

José Virgilio Becerra Becerra¹

PRESENTACIÓN

Este texto reúne las informaciones arqueológicas obtenidas en investigaciones realizadas entre 1984 y 2003, en los terrenos del sitio histórico conocido como Campo de la Batalla de Boyacá.

El presente artículo se apoya en ilustraciones y gráficos comentados de las principales informaciones arqueológicas obtenidas en las investigaciones realizadas la primera en 1984 por José Virgilio Becerra Becerra y financiada por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República; la segunda la desarrolló el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia en 2003 y la dirigió también Virgilio Becerra. Esta fue financiada por la compañía ingenieril Consorcio Solarte y Solarte como parte de la obligación legal relacionada con la protección ambiental y patrimonial, en uno de los posibles trazados para la doble calzada Briceño – Tunja – Sogamoso. Se complementa con algunos datos arqueológicos posteriores en consideración a la relevancia de las informaciones contenidas en los vestigios arqueológicos presentes en el Campo de la Batalla de Boyacá.

El artículo muestra primero las características generales del territorio donde se inscribe el Campo de la Batalla de Boyacá, resultado no tan solo de su trayectoria geológica y climática, sino también y sobre todo, de la incidencia de los grupos humanos que interactuaron con éste entorno natural, desde hace por lo menos cinco mil años.

En efecto, a pesar de contar tan solo con una datación, obtenida por el método del carbono 14 y realizada por el Laboratorio Beta Analytic de

¹ PhD en Antropología y Prehistoria, de la Universidad de la Sorbona – Paris I. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: jvbecerrab@unal.edu.co

Estados Unidos, que permitió, por demás, ubicar cronológicamente a los alfareros del sitio conocido hoy como Campo de la Batalla de Boyacá entre el tercer y segundo siglo antes de Cristo, se encontró, además, una gama de vestigios de utensilios líticos en los taludes de los abrigos rocosos, sin relación con evidencias de alfarería y asociables a la presencia de grupos humanos que conocemos con el nombre de “Recolectores–Cazadores” cuyos últimos representantes, —en el Altiplano de los Departamentos de Boyacá y Cundinamarca—, se ubican temporalmente alrededor del tercer milenio antes de nuestra era. Este tema constituye el segundo acápite del artículo.

En tercer lugar, se muestran las evidencias que dejaron los primeros alfareros de la parte central de Colombia en el actual territorio del Puente de Boyacá y el empleo que estas poblaciones dieron a los abrigos rocosos configurados por los aleros de numerosos bloques erráticos del actual Campo de la Batalla de Boyacá. Se asocia a estas poblaciones, —expandidas en todo el Altiplano Cundiboyacense y más allá de sus límites actuales sobre el territorio de seis departamentos más: Tolima, Caldas, Santander, Meta, Casanare y Arauca—, la implementación de la agricultura, la exploración y explotación de minerales, la creación de redes de circulación de la sal y el inicio y evolución de técnicas orfebres. Datos obtenidos de “fitolitos” o evidencias fosilizadas de restos vegetales, así como indicaciones de los granos de polen estudiados por la palinología, muestran que entre los principales cultígenos conocieron el maíz, la quinua y el maní. En el territorio conocido como Puente de Boyacá se detectó la interacción de estas poblaciones de alfareros con el entorno gracias al hallazgo de fragmentos de cerámica y también a la asociación establecida entre sus habitantes y los dibujos que se encuentran dispuestos en paneles rupestres.

En cuarto lugar, se muestran evidencias de la visita a estos abrigos y a este territorio por parte de las poblaciones muiscas, gracias a la existencia de fragmentos de cerámica característicos de los recipientes fabricados y usados por las poblaciones que moraban este territorio hasta la llegada de los españoles.

Para terminar, a manera de consideraciones finales se hace una reflexión sobre la importancia de las informaciones históricas y arqueológicas contenidas en el subsuelo y en el paisaje del actual del predio conocido con el nombre de Campo de la Batalla de Boyacá.

FISIOGRAFÍA E HISTORIA GEOLÓGICA DEL TERRITORIO DEL CAMPO DE LA BATALLA DE BOYACÁ

Se conoce y hace referencia en forma coloquial al Puente de Boyacá y en forma más estricta al Campo de la Batalla de Boyacá como el lugar

donde se sucedió el enfrentamiento entre las tropas de los ejércitos de la realeza española y los patriotas independentistas, el 7 de agosto de 1819. En ese campo de batalla se desarrolló, a juicio de los historiadores de los conflictos armados, uno de los más significativos enfrentamientos militares de la Campaña Libertadora de 1819 en los que la estrategia empleada frente al uso y percepción del territorio, —más que el armamento, la tecnología militar o el brío de los combatientes—, definió el resultado de la batalla. Pocas pérdidas de vidas humanas fueron entonces el resultado de esa adecuada estrategia en la comprensión de las características del espacio definida como directriz táctica en la batalla.

Se tiene menor conocimiento del territorio que nombramos Campo de la Batalla de Boyacá como parte de una particular zona geográfica en donde nacen ríos que desembocan finalmente, por un lado, en el Río Orinoco a través de los ríos Teatinos, Turmequé, Upía y Meta, y por otro lado, en el Río Magdalena a través de los ríos Gachaneque, Samacá, Suárez y Chicamocha. Se trata entonces, de una zona que se suele definir con el llamativo nombre de “Estrella Fluvial” y que con la toponimia local se le identifica como “Alto del Santuario” y “Cuchilla del Degolladero” en la parte norte del Páramo de Gachaneque cuyas cimas alcanzan los 3500 metros de altura sobre el nivel del mar.

Aquellas altas montañas de nuestra Cordillera Oriental, —la más joven de las tres cordilleras colombianas, formada por plegamientos y presiones generadas por el movimiento de las placas tectónicas—, fueron el epicentro de la concentración de agua, bajo forma de casquetes glaciares, aquí en la zona de la que hace parte el Campo de la Batalla de Boyacá, de los cuales los últimos perduraron hasta hace tan sólo catorce mil años, pero cuya recurrencia es evidenciada a lo largo del periodo geológico llamado Pleistoceno de dos millones de años, anterior al actual, que conocemos como Holoceno y viejo tan sólo de doce mil años.

La parte más profunda de esos glaciares, en los momentos de máximo frío, extendieron su acción a través de las suras de la roca madre y lograron separar grandes bloques de piedra a la manera de maestros lapidarios en sus canteras. A esas monumentales piedras se les denomina “bloques erráticos”, debido a que de la fisión de la roca parental, el borde del frente glaciar, llamado “morrena”, empujó y transportó esas masas pétreas sobre las vertientes de estas montañas. La erosión generada por el viento, la escorrentía del agua lluvia y la incidencia de las corrientes, finalmente les fijaron un emplazamiento y modelaron la superficie de esos bloques erráticos, que son tan abundantes en todo el Campo de la Batalla de Boyacá. Aquí, las paredes de esas piedras conforman “una galería de arte prehispánico” la cual está integrada por dibujos pintados con pigmentos de óxidos de hierro extraídos de nódulos de ocre.

En el Alto del Santuario nace, entonces, el Río Gachaneque y que hasta hace cerca de quinientos años, vertía sus aguas a la desaparecida laguna de Camscá, en cuyas riveras se consolidaron seis importantes centros administrativos y religiosos indígenas: Sachiquisa, Chausa, Juacá, Samacá, Cucaita y Sora, de los cuales los tres últimos se proyectaron hasta nuestros días como pueblos fundados por los españoles y nombrados con su apelativo tradicional indígena.

El nombre popular con el que se conoce la zona donde se ubica el poblado de Samacá fue “El Valle” o “El Valle de la Laguna” y representa aún para las poblaciones campesinas contemporáneas un centro agrícola, pecuario y minero de primer orden. Desde la época precolombina se percibió al Valle de la Laguna como un dispensario de recursos que se consumían en todos los poblados vecinos. En efecto, desde el Valle de la Laguna de Samacá se accede de manera relativamente fácil por el Páramo de Peña Negra y ‘La Cumbre’ hasta el Puente de Boyacá, Tunja, Ventaquemada, Nuevo Colón, Turmequé y Tibaná. De la misma manera se accede a Tunja desde Samacá por el camino que partiendo de ‘El Venado’ pasa por Cucaita, Sora, se puede pasar por Chíquiza para luego llegar a Tunja y a las poblaciones del Norte, como lo fue bajo el dominio del poder militar detentado en el siglo XVI por el Cacique Tundama y subsidiariamente por el poder teocrático del cacique Sugamuxi supeditado a decisión del jefe militar en caso de igualdad en la votación de los cuatro electores reconocidos: los caciques de Gámeza, Busbanzá, Toca y Pesca.

El terreno del que hace parte el Campo de la Batalla de Boyacá se constituye, entonces, desde hace varios miles de años en un especial lugar que posee evidencias de presencia de pobladores desde milenios antes de nuestra era, hasta el presente, pasando por grupos de recolectores cazadores itinerantes, por poblaciones alfareras a las que atribuimos el inicio del cultivo de plantas, por cacicazgos muiscas, por emplazamientos del periodo colonial y por la importante proyección que tuvo aquella batalla para el nacimiento de seis repúblicas en el continente americano. (Imagen 1).

En 22 de los abrigos rocosos ubicados en el Campo de la Batalla de Boyacá, a pocas centenas de metros entre sí, se encuentran “pinturas rupestres prehispánicas” cuyo origen ha sido atribuido a ritos de las diversas poblaciones que interactuaron con esta zona desde hace varios miles de años. Las excavaciones arqueológicas realizadas en la “Piedra de Barreiro” o “Piedra de Pedro Pascasio Martínez” o “piedra pintada”, permiten asociar esas pinturas con sedimentos en los que encuentra alfarería conocida como Cerámica Herrera y atribuida a los primeros agricultores y alfareros del Altiplano de Cundinamarca y Boyacá. Una fecha de carbono 14 obtenida de la madera que se empleó como combustible en un fogón arqueológico encontrado allí, muestra que la población Herrera interactuó con este entorno del

Puente de Boyacá entre el tercero y el segundo siglo antes de Cristo. Aquí mismo, en “piedra pintada” se hallaron numerosos fragmentos de cerámica que asociamos al periodo Muisca. A orillas del río Teatinos encontramos igualmente evidencias de la existencia de un molino de la época colonial.

La zona, en vista de sus características fisiográficas, de la confluencia de caminos, de la existencia de una estrella fluvial, del empleo del sitio como punto de relevo y posada en los recorridos entre los diferentes puntos cardinales en el Altiplano y también dado el hecho de ser considerada esta zona, —desde épocas inmemoriales—, como fuente del agua y morada de los dioses, el Campo de la Batalla de Boyacá representa un sitio sin igual testigo de la interacción entre el hombre y el entorno natural. Los datos históricos y arqueológicos que contiene el Campo de la Batalla de Boyacá son numerosos y se extienden sobre un periodo de tiempo que cubre por lo menos cinco mil años.

Se reitera que la conformación de la importancia del espacio y el territorio que conforma el Parque del Campo de Batalla de Boyacá, declarado sitio patrimonial, toma inicio muchos milenios antes de la gloriosa Batalla de Boyacá. En efecto, en el subsuelo protegido por numerosos abrigos naturales conformados por los bloques erráticos se encontraron evidencias de utensilios líticos sin presencia de restos de alfarería atribuibles a poblaciones de recolectores cazadores que utilizaron esos abrigos como protección temporal en sus recorridos a lo largo y ancho del Altiplano de Boyacá y Cundinamarca y de las vertientes al oeste y al este de la Cordillera Oriental.

De la misma manera, en el actual Campo de la Batalla de Boyacá, interactuaron con esta zona, —desde el tercer siglo antes de Cristo—, poblaciones de agricultores y alfareros. Ellos recibieron y dinamizaron los atributos culturales dados por poblaciones precedentes a la particularidad fisiográfica y climática del Puente de Boyacá. Se encontró en la base del Estrato III del corredor de la “Piedra de Pedro Pascasio Martínez” un fogón de más de un metro de diámetro que contenía todavía los últimos troncos quemados. Se trataba de madera carbonizada de encenillo que permitió datar el fogón con una fecha de 210 ± 60 años antes de Cristo, es decir hace 2160 años.

Uno de los tipos cerámicos asociado al nivel estratigráfico donde se ubicó el fogón y encontrado en el Puente de Boyacá se conoce, —de acuerdo con la tecnología empleada para su fabricación—, con el nombre de “Mosquera Roca Triturada” o “Mosquera desgrasante de Calcita”. Este tipo fue descrito por primera vez por Sylvia Broadbent en la Laguna de la Herrera y referido luego en varias decenas de sitios localizados en los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá, Santander y en el Valle del Magdalena desde Tolima hasta Caldas y Antioquia. La datación obtenida en el Puente de Boyacá muestra que en esta amplia zona descrita para estas poblaciones de agricultores y alfareros en el centro de Colombia se operó,

—desde la segunda mitad del primer milenio antes de nuestra era—, una interacción e integración regional que genera circulación de personas, productos e ideas, que marca tal vez una directriz novedosa en las relaciones sociales y en las dinámicas culturales de los pobladores del Altiplano.

LOS PRIMEROS HUMANOS EN COLOMBIA Y EL CAMPO DE LA BATALLA DE BOYACÁ

A una distancia de apenas 60 kilómetros del Campo de la Batalla de Boyacá, en este mismo Departamento, se obtuvo una de las dataciones más antiguas relacionadas con los primeros seres humanos de nuestro país. En efecto, en la vereda “Tocogua”, en la ciudad de Duitama se obtuvieron dos dataciones por medio del carbono 14. La primera otorga a los pobladores que recorrieron la hoya del río Chicamocha una extraordinaria antigüedad fechada en 22.910 ± 320 años y asociada a pequeñas piedras en cuarzo talladas a manera de puntas de proyectil fabricadas por esos recolectores y cazadores que interactuaron con el entorno natural de Duitama en el predio “Mata de Rosa” en la Vereda Tocogua en inmediaciones del río Chiticuy² (Pinto Nolla, 2003). La segunda datación de 19.760 ± 220 años reafirma la antigüedad de los vestigios arqueológicos asociados a los primeros pobladores del Altiplano Central de Colombia y ubica en el Departamento de Boyacá una de las más antiguas evidencias de presencia humana de todo el Continente Americano.

Las dataciones de Tocogua en Duitama, Boyacá, sólo tienen parangón con las fechas obtenidas en Monteverde en Chile por el investigador norteamericano Tom Dillehay y con las fechaciones de la Serranía del Chiribiquete en los Departamentos de Guaviare y Caquetá en Colombia, logradas por el antropólogo Carlos Castaño Uribe y el edafólogo Tomás van der Hammen. En una época tan lejana separada de nosotros por más de veinte mil años, seres humanos agrupados en pequeñas bandas, recorrieron la cuenca del río Chicamocha y emplearon su hoya en sus desplazamientos en las montañas y laderas de las montañas del Altiplano Cundiboyacense.

Se considera que estos primigenios gestores del conocimiento sobre el entorno natural regional vivieron en su interacción con el territorio Cundiboyacense durante más de quince mil años. Las evidencias más cercanas a nosotros relacionadas con cazadores-recolectores datarían del tercer y

² María Pinto Nolla. Galindo. *Un sitio a cielo abierto de cazadores/recolectores en la Sabana de Bogotá* (Bogotá: FIAN. Banco de la República, 2003): 43. Se citan aquí los resultados de las fechas obtenidas por el equipo de investigadores holandeses y del coordinador del proyecto, Tito Miguel Becerra, registradas con las referencias GrN-20062 y GrN-200610. Dentro de los científicos europeos se refiere al holandés Henry Hooghiestra, director del laboratorio de Paleocología de la Universidad de Amsterdam y al francés Nicolás Federoff, director del laboratorio de micromorfología de suelos del Ina-Grignon.

cuarto milenio antes de nuestra era. El saber y el saber hacer que se construyó a lo largo de esos quince milenios, conforma la génesis del pensamiento y el saber cosmológico de los sucesivos pueblos que nos antecedieron.

En el predio del Campo de la Batalla de Boyacá se encontraron materiales arqueológicos representados por utensilios en piedra tallada en los sondeos operados en los pisos de los abrigos rocosos. Esos hallazgos no estaban asociados con materiales cerámicos y podrían corresponder a desechos de herramientas fabricadas por recolectores cazadores. De la misma manera, los abundantes bloques erráticos de la zona conformaron abrigos y sitios de protección que permitían integrar esta zona como uno de los puntos que marcan etapas en el recorrido de la región. La excavación en las “Piedra de Barreiro”, yacimiento arqueológico tomado como prototipo de los abrigos rocosos existentes en todo el Campo de la Batalla de Boyacá, proporcionaron muchas microlasclas talladas en lítica, desechos de huesos de animales, un fogón grande de más de un metro de diámetro, fragmentos de alfarería, nódulos de ocre, fragmentos tabulares de arenisca y cantos rodados.

Se presentan en las páginas siguientes el área excavada en el sitio conocido con el nombre de “Piedras de Barreiro”, conjunto de seis grandes bloques erráticos que conforman entre sí un espacio de protección utilizado desde una lejana antigüedad. Integramos la síntesis de nuestras reflexiones sobre la fauna cazada y consumida en este lugar y algunos utensilios en piedra empleados para cortar, perforar grabar o raspar hallados en el corte arqueológico. (Imagen 2).

Aquí, se hallaron evidencias de la interacción de pobladores prehistóricos con este entorno natural de manera secuencial desde hace cinco mil años. En efecto, se encuentran en esta zona utensilios de recolectores cazadores, numerosos paneles de pinturas rupestres, fragmentos de alfarería de hace más de 2100 años, objetos de la cultura muisca y herramientas y fragmentos de armas de la Batalla de Boyacá.

Entre la “Roca A” y la “Roca B” se forma un corredor en el que reposan numerosos fragmentos de utensilios en piedra fabricados a manera de cuchillas y raspadores. También se encuentra un fogón de grandes dimensiones, construido en una cubeta que le daba cierta protección contra el viento. (Imagen 3). La cerámica asociada al piso del fogón pertenece al tipo llamado “Desgrasante de Calcita” que se había encontrado anteriormente en territorios de los municipios contemporáneos de Mosquera, Tequendama, Zipaquirá, Pasca, Soacha y Tunja en Boyacá.

La datación de la cerámica de Puente de Boyacá muestra que sitios ubicados al este de la Sabana serían coetáneos o de la misma antigüedad que los ubicados en la vertiente hacia el Valle del Magdalena. En los últimos quinientos años antes de nuestra era existió una particular dinámica de in-

tegración y un incremento en la circulación de personas, productos e ideas en una amplia región. En Zipaquirá, por ejemplo, se evidencia la explotación, la producción y la circulación de la sal hasta zonas bastante lejanas.

Utensilios en cristal de roca se encuentran en yacimientos arqueológicos de grupos de recolectores cazadores en el Altiplano de Cundinamarca y Boyacá desde hace más de una decena de miles de años. (Imágenes 4 a 6).

En la imagen se muestra un dibujo con las cuatro principales vistas de lo que fue una herramienta en piedra de la época prehispánica. La superficie cortical opuesta al borde cortante, sirve como plano de presión. En la parte superior del utensilio se observan retoques que adecuan una superficie para raspar. (Imagen 7.1. a-c).

Estas minúsculas herramientas poseen además huellas de retoques generados por el uso de sus bordes cortantes o de puntas a manera de buriles. La longitud máxima de estos pequeños instrumentos no sobrepasa dos centímetros. El número total de microlascas en lidita encontrados en la excavación arqueológica de los abrigos rocosos de «piedra pintada» en el Campo de la Batalla de Boyacá se evalúa en varios miles. La materia prima, —la lidita—, no se encuentra en las capas geológicas del Altiplano. Este material debió transportarse por el hombre, desde el Valle del Magdalena o desde los Llanos Orientales hasta las tierras altas de la Altiplanicie Central de Colombia. Esta evidencia muestra, entonces, la amplitud de las áreas de captación de recursos y las incontorneables relaciones culturales entre los diversos grupos de las altiplanicies y las tierras bajas durante milenios desde épocas remotas. (Imagen 7.2. d-f).

Estas microlascas se desprendieron, —o bien por percusión directa o bien por calor—, de los nódulos tal vez celosamente cuidados a causa de su escasez en las capas geológicas del Altiplano. Poseen un dorso o plano de apoyo y bordes activos aptos para raspar y/o cortar. Una gran parte de estos utensilios tienen una forma triangular. El perímetro de su contorno posee por lo menos un borde cortante y una punta a manera de punta de buril. Se considera que el pequeño tamaño de estos instrumentos y su abundancia en el sitio excavado, dan pie a considerar que estos fueron tallados *in situ*. La “Piedra de Pedro Pascasio Martínez” hizo parte, entonces, de los sitios relevos o abrigos que marcaron etapas en los desplazamientos de las poblaciones prehispánicas al interior del Altiplano de Boyacá.

Las imágenes 4 y 8 muestran la distribución de las microlascas en el corredor formado por los abrigos “A” y “B” (Imagen 2) y concentrados en sectores a manera de sitios o talleres de talla. A pesar de su tamaño, estos pequeños instrumentos sirven para despresar y desollar grandes presas. Conviene recordar que en los abrigos rocosos de Puente de Boyacá se encontraron abundante cantidad de fragmentos de huesos de venado, fara, curí, armadillo y borugo entre otros. Presentamos en las páginas siguientes

las ilustraciones de los principales animales representados por los restos de sus huesos.

La base en la que reposan los objetos arqueológicos, representados aquí, se interrelacionan conformando una superficie que denominamos piso 2. Las características tecnológicas de los objetos arqueológicos permiten asociar este piso a una ocupación del periodo herrera, hace varios miles de años.

La imagen 9 corresponde a un cérvido americano cazado, destazado y tal vez consumido por poblaciones prehispánicas desde milenios antes de nuestra era en los abrigos rocosos del predio donde tuvo lugar la Batalla de Boyacá. Además de la carne, sangre y vísceras, las otras partes del venado se encuentran como materia prima diversos utensilios e implementos. El venado es la especie más representada dentro del conjunto de animales que muestran los restos óseos de la paleofauna del Puente de Boyacá. El venado representó, —además del aporte proteínico en tanto que comida—, el aporte de materias primas representadas por el hueso, la cornamenta, el cuero y los tendones. El venado se utiliza en su totalidad.

Presente dentro de los restos óseos de animales hallados en las excavaciones de los abrigos del Puente de Boyacá. Animal originario de América, consumido e integrado culturalmente dentro de las cosmologías y visiones de las relaciones hombre-naturaleza por parte de los pensamientos indígenas desde los primeros pobladores. Algunos líquidos del armadillo, —sangre, bilis, vísceras—, se emplean aún en nuestros días como componentes de preparaciones usadas en terapias medicinales. El caparazón del armadillo tuvo sin dudas usos que sobrepasaron funciones utilitarias como contenedores. En efecto, se encuentran placas de caparazón de armadillos en contextos funerarios y representaciones de armadillos en alfarería y orfebrería. Es una especie conocida y consumida desde hace 10.000 años por las poblaciones aborígenes de América. (Imagen 10).

Son animales representados dentro de los restos óseos de fauna encontrados en uno de los yacimientos arqueológicos en el Puente de Boyacá. El borugo, también nativo de América, habita una amplia zona montañosa por encima de los 2000 metros de altitud. (Imagen 11). La zarigueya o fara es un marsupial americano, consumido por las poblaciones indígenas prehispánicas y aún por la población contemporánea. Percepciones culturales tradicionales, atribuyen a determinadas partes de su cuerpo algunas cualidades terapéuticas. (Imagen 12).

Especie abundante en praderas y zonas abiertas, el curí es nativo de América del Sur y aparentemente domesticado desde hace más de seis mil años en los Altiplanos Andinos de Colombia. Las poblaciones indígenas les otorgan atributos culturales relacionados con el diagnóstico y profilaxis de las enfermedades humanas.

LOS PRIMEROS ALFAREROS Y SU INTERACCIÓN CON EL ENTORNO DEL CAMPO DE LA BATALLA DE BOYACÁ

Las más antiguas evidencias de alfarería en el Altiplano de Boyacá datan del siglo tercero antes de Cristo y se hallaron en los taludes de los abrigos que forman los bloques de grandes piedras del Campo de la Batalla de Boyacá.

En el territorio del Departamento de Boyacá muchos otros yacimientos arqueológicos asociados a los primeros alfareros, —algunos fechados también por carbono 14—, se ubican en el lapso de tiempo que va desde el siglo II A.C. hasta el siglo VII D.C de Cristo y se ubican particularmente en las laderas y en las partes planas de los valles interandinos.

Se encontraron alfareros del periodo Herrera³, desde las laderas de la estrella fluvial del Altiplano de Cundinamarca y Boyacá en los municipios de Villapinzón y Ventaquemada hasta las montañas de Chita, Guicán, Chiscas y el Cocuy, pasando por los Valles de Tuta, Sotaquirá, Tundama, Sugamuxi, Fúquene, Valle de Leyva y Samacá, entre otros. Se podría afirmar que las poblaciones a las que les atribuimos el origen de la agricultura en el Altiplano Central de Colombia interactuaron con la totalidad del territorio que ahora define al Departamento de Boyacá.

Se conoce la tecnología cerámica de los primeros alfareros boyacenses gracias al análisis de las informaciones contenidas en los tuestos encontrados en los sedimentos que circunscriben las 'Piedras de Barreiro' en el Puente de Boyacá. Los procesos tecnológicos empleados por estos primeros alfareros desde la obtención y preparación de la arcilla hasta la cocción de los recipientes pasando por el armado, decorado, secado y tratamiento de la superficie, no difieren de las tecnologías tradicionales de algunos alfareros artesanales contemporáneos.

En los trabajos realizados en 1937 por Gregorio Hernández de Alba en los actuales predios de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia en Tunja, se refirieron tuestos de alfarería que hoy conocemos como 'Herrera'. En efecto, Hernández de Alba excavó un yacimiento que asoció al mítico templo construido por Goranchacha a su padre el Sol, en el que exhumó columnas cilíndricas en piedra dispuestas en el círculo interior de dos circunferencias concéntricas. En efecto, además de muchos restos de huellas de postes, huesos quemados y carbón de leña, restos óseos humanos, encontró alfarería cuya tecnología asociamos a la hoy conocida con el nombre de cerámica del periodo Herrera.

El mito del templo al Sol construido por su hijo Gorachacha y registrado por los cronistas españoles de la Conquista, dada la asociación entre

³ Llamado así por los hallazgos de fragmentos de alfarería realizados por Sylvia Broadbent en la Laguna de la Herrera en Mosquera, Cundinamarca, que sirvieron inicialmente para definir y bautizar a las poblaciones precoloniales que usaron este tipo de cerámica.

las columnas de piedra y la alfarería Herrera pareciera tomar origen en mitos indígenas que datan de los siglos que preceden la era cristiana.

Posteriormente, Eliécer Silva Celis, Neila Castillo, Francisco Ortiz, Germán Villate, Luis Wiesner y más recientemente Helena Pradilla y el equipo de Arqueología del Museo de la UPTC llevaron a cabo trabajos de arqueología de salvamento en los predios de la Universidad, previas a edificaciones para su infraestructura arquitectónica.

Aquí, se evidenció, por primera vez, el saber tecnológico orfebre representado por una nariguera en oro, junto a alfarería del periodo Herrera, que representaría la pieza orfebre más antigua del Altiplano Cundiboyacense.

En el marco de un trabajo de campo académico en la asignatura Laboratorio de Investigación en Arqueología del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional, un grupo de ocho estudiantes, dirigidos por Virgilio Becerra, prospectó los Valles del Tundama y de Sugamuxi y hallaron cerca de dos decenas de nuevos yacimientos arqueológicos de los primeros alfareros y agricultores de Boyacá.

En la parte norte de Boyacá, en territorios de los municipios de Jericó, Sátiva Norte y Sátiva Sur, el antropólogo Pablo Pérez investigó un yacimiento arqueológico Herrera y obtuvo informaciones sobre poblaciones asociadas al periodo Herrera fechadas en los siglos VI y VII de nuestra era. María Fernanda Escallón tituló su monografía de grado en la Maestría de Antropología en el Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes “Decoración, cronología y territorio: Un estudio comparativo de la cerámica Herrera del altiplano Cundiboyacense” y abordó el estudio comparativo de las primeras muestras de alfarería boyacense obtenidas en Tunja, Iza y Duitama con muestras alfareras del sur del Altiplano.

El Departamento de Boyacá cuenta tal vez con el mayor número de yacimientos Herrera referidos en el área central de Colombia. Más allá de las características tecnológicas de la alfarería, las poblaciones Herrera muestran una interacción amplia con el entorno de diversos nichos ecológicos y niveles climáticos altitudinales. En efecto, se ubican sitios Herrera desde el Valle del Magdalena, —a menos de 350 metros de altitud—, hasta laderas y altiplanos andinos superiores a 3000 metros de altura sobre el nivel del mar. Los mecanismos de construcción cultural del territorio parecen integrar una amplia zona geográfica y una interacción alta con diversos entornos gracias a la circulación y desplazamiento cíclico entre diversos centros que conformarían puntos de establecimiento más o menos temporales. La producción, explotación y circulación de la sal parece haber cubierto una amplia zona geográfica y parece haber exigido complejas estructuras sociales interculturales que regularían redes de intercambio, solidaridad e interacción entre poblaciones y territorios alejados.

No parece conveniente definir el sedentarismo, —como lo entienden los europeos—, como directriz de análisis de las primeras sociedades alfareras en Boyacá, en el Altiplano y en los departamentos fronterizos. A pesar que las evidencias arqueológicas encontradas en las “Piedras de Barreiro” en el Campo de Batalla de Boyacá mostrarían gracias a un fogón de grandes dimensiones, el posible establecimiento durante un periodo de tiempo largo, y es válido considerar también la posibilidad de visitas recurrentes, el uso de estructuras ya existentes y el empleo general del abrigo para pernoctar y para cumplir con las normas culturales que el sitio exigiese.

En el yacimiento arqueológico de “Punto Rojo” en el área urbana de Sogamoso, el estudiante Alexander Quevedo⁴ muestra que en el perfil se observan tres estratos diferentes que poseen alfarería Herrera, separados entre sí por dos estratos que no contenían materiales culturales. La recurrencia del establecimiento en este mismo lugar en tres épocas diferentes exige explicaciones sobre las directrices culturales que definen para estas poblaciones las dinámicas del uso, desplazamiento y establecimiento en el territorio. De la misma manera, la superposición, en el mismo lugar, de vestigios arqueológicos de los primeros alfareros y de la cerámica y otros objetos muisca en los estratos superiores debe explicarse más allá de la conveniencia topográfica y de las excepcionales cualidades edafológicas e hídricas del lugar.

Una ampliación del trabajo arqueológico en las “Piedras de Barreiro” y en el talud del bloque errático que contiene la pintura rupestre de la Imagen 22 en la Vereda la Hoya en predios del señor J. Rodríguez, permitiría allegar elementos que contribuyan a responder la indagación sobre dinámicas de uso, desplazamiento, establecimiento y percepción del territorio entre las poblaciones Herrera que interactuaron con el entorno natural de la actual zona del Puente de Boyacá en los últimos siglos antes de nuestra era. (Imagen 14 a-c).

Los tiosos de recipientes cerámicos encontrados en el estrato 3 y 4 de la “Piedras de Barreiro” hicieron parte de recipientes que tenían formas de platos y cuencos abiertos, platonos aquillados, pequeñas escudillas y tasas. La decoración que conservan la mayoría de estos fragmentos muestra bandas de incisiones dispuestas en el borde del recipiente circunscritas por dos líneas incisas paralelas. Otros fragmentos poseen decoraciones pintadas de líneas rojas hechas con pigmentos minerales.

A pesar de los dos mil años de antigüedad, estos pedazos de cerámica muestran en su parte interna evidencias de baños y engobes con pigmentos

⁴ Hernán Alexander Quevedo Jara, *Regiones históricas en el norte del Altiplano Cundiboyacense desde la época prehispánica*. Trabajo de Grado. (Bogotá: Departamento de Antropología, Universidad Nacional, 2004).

minerales de tonalidad rojiza. En el terreno del Campo de la Batalla de Boyacá, se encuentran otros yacimientos arqueológicos del periodo llamado “Herrera”, caracterizado por la implementación de la agricultura y de la alfarería en el Altiplano de Cundinamarca y Boyacá.

Inicialmente se consideró que en el “Periodo Herrera” la decoración de la cerámica era exclusiva o mayoritariamente incisa. Sin embargo, hallazgos posteriores de “Cerámica Herrera”, particularmente en el Departamento de Boyacá, mostraron que la técnica de decoración pintada era tan recurrente y tal vez más frecuente, que la decoración incisa. La “Cerámica Herrera” colectada en Duitama y Sogamoso mostró gracias a fotografías digitales huellas de pinturas que no eran inicialmente visibles. (Imagen 15).

En el Valle de Tundama y Sugamuxi, se encontraron en yacimientos arqueológicos del periodo Herrera los recipientes cerámicos que permitieron reconstruir las vasijas que presentamos en la imagen 15. El plato y el platón que están en la parte superior de la imagen son réplicas de cerámicas fracturadas del periodo Herrera que pudieron ser restauradas. La pintura al interior de estos dos recipientes fue elaborada con óxidos de hierro. La división del espacio interior decorado se inicia con líneas perpendiculares que crean entonces cuatro secciones. La decoración tiene una simetría especular que se perpetúa hasta las poblaciones indígenas de los siglos que precedieron la llegada de los españoles en el Altiplano de Cundinamarca y Boyacá y en la montaña santandereana. El platón aquillado de la parte superior de la imagen 15 está decorado con líneas incisas y con motivos incisos punteados o a manera de una corta línea y se limita a la banda superior de la quilla.

En el Campo de la Batalla de Boyacá se ubicaron 22 bloques erráticos que poseen pictografías y que conforman dibujos similares a los ‘prototipos’ que registramos en el sitio conocido como “Piedras de Barreiro” o “Piedra de Pedro Pascasio Martínez” o “piedra pintada”. (Imagen 2 / Imagen 16 a-b).

La excavación arqueológica de este espacio proporcionó numerosas informaciones sobre los saberes de las poblaciones aborígenes y sobre su interacción con el entorno natural y con los recursos en el Altiplano Central de Colombia. Sitio *relais* o sitio que marca una etapa en los recorridos cíclicos desde los primeros habitantes de Colombia, el lugar parece haberse consolidado como un alto lugar dentro de la cosmología indígena. En efecto, se encuentran evidencias de pinturas rupestres en varias paredes de estos bloques erráticos y los dibujos plasmados allí son asociados, —gracias al hallazgo diferencial de vestigios de pigmentos de ocre en los estratos—, a los pobladores del Periodo Herrera. Estos lugares “abrigos” conformaron secuencialmente ‘mojones’ que adquirieron atributos de lugares de ancestros y sitios de comunicación con el mundo de las fuerzas que controlan la

naturaleza. La piedra como elemento natural representa para las poblaciones indígenas aborígenes un elemento de primera importancia que, junto con el agua, los sedimentos del subsuelo, las cavernas y el fuego representarían las fuerzas que controlan la naturaleza. (Imagen 17 a-b).

Numerosas microlascas de lidita, empleadas como cuchillas, raspadores y buriles, recubren la superficie del corredor entre los dos grandes bloques de piedra. El sitio conformado por seis grandes rocas constituye un conjunto de abrigos que puede ser adecuado para vivienda temporal. Se hallaron tres huecos de poste alineados entre los dos grandes bloques erráticos que conforman el corredor y que podría hacer parte de un cortaviento. Las evidencias muestran el uso del abrigo como sitio empleado para el destace de algunas presas, particularmente de venados de cornamenta. Un fogón que contuvo los troncos de encenillo quemados hace más de dos mil ciento sesenta años permitieron fechar la ocupación de los primeros alfareros entre el tercer y el segundo siglo antes de nuestra era.

LAS POBLACIONES MUISCAS DE LOS SIGLOS QUE PRECEDIERON LA CONQUISTA EUROPEA Y EL CAMPO DE LA BATALLA DE BOYACÁ

Se encontraron en los taludes de los abrigos naturales en el Campo de la Batalla de Boyacá, objetos de cultura material de las poblaciones que se conocen con el nombre de Muisca. Algunos fragmentos de cerámica poseen características técnicas y decorativas que permiten clasificarlos como tales.

Se divide, de manera convencional, a los asentamientos de la población Muisca en el Altiplano en dos periodos. El primero, llamado Muisca Temprano se ubicaría entre los siglos IX y XII de nuestra era y el segundo, el Muisca Tardío entre el siglo XIII y el siglo XVI después de Cristo. Para cada uno de estos periodos se detectan especificidades técnicas y decorativas, visibles particularmente en las piezas de alfarería utilitarias y ceremoniales.

El dibujo de la Imagen 18 muestra una pieza de alfarería con características técnicas de fabricación asociables al tipo denominado 'Naranja Pulido', que correspondería al periodo Muisca temprano, ubicado entre el siglo X y el siglo XIII D.C. La figura humana en posición sedente, tiene dos animales a cada lado del cuello del recipiente, a manera de 'guardianes', identificados por los campesinos del lugar como zorras. La Imagen 19 corresponde a una Jarra o Mucura de la vereda el Venado del municipio de Samacá, generalmente hallada en contextos ceremoniales.

Las dinámicas de las características culturales de cada periodo tienen que ver con pautas de asentamiento, densidad de la población, relaciones

económicas y control político. Sin embargo, los elementos culturales atribuibles a cada periodo no son aceptados de manera unánime por los investigadores. Arqueólogos y etnohistoriadores insisten en la diversidad de pueblos, costumbres y sobre todo lenguas en el Altiplano.

La homogeneidad o la heterogeneidad entre los Muisca del Altiplano Cundiboyacense ha sido resaltada primero por los defensores de la existencia de una unidad política y segundo por los defensores de una visión que realza las particulares dinámicas locales. El primer caso aglutinaría poderes locales de orden administrativo y teocrático, que implicarían una antigua continuidad en la interacción de sus habitantes entre sí y con el entorno natural del Altiplano Cundiboyacense. La segunda visión realzaría las peculiares dinámicas locales las cuales confluirían en la consolidación de poderes y administraciones regionales basadas en el parentesco.

Por un lado, se insiste en peculiaridades lingüísticas concentradas en zonas circunscritas fisiográficamente por el área de influencia de micro cuencas hídricas lo que equivaldría a la facilidad de desplazamiento y posibilidad de intercomunicación facilitada por las hoyas de las corrientes menores. Por otro lado, se realza las pautas de asentamiento, la relación entre los habitantes con el entorno natural circundante, el transporte para el intercambio y la circulación de productos y finalmente el particular saber tecnológico alrededor de la alfarería, los tejidos, la cestería, la orfebrería, la talla y el pulido de piedras y el cultivo de plantas.

La peculiar fisiografía del Altiplano Central de Colombia y sus diversos climas asociados a la altitud, permite un fácil desplazamiento entre zonas climáticas diversas y posibilita poseer asentamientos temporales en función de los productos naturales y de los cultivos propios a cada nivel altitudinal. De la misma manera, se definen accesos a recursos naturales y a materias primas diversas. El espacio y el desplazamiento a su interior conformaron desde lejanas épocas una de las directrices de percepción y construcción cultural del territorio. En el mundo prehispánico pareciese privilegiarse más la posibilidad de desplazamiento y el acceso a altos lugares de culto que el control de yacimientos o afloramientos de materias primas.

Ya se señaló que en el Campo de la Batalla de Boyacá se encuentran numerosos bloques erráticos de gran tamaño cuyas bases crean abrigos que protegen de la lluvia. En muchas de estas rocas se plasmaron desde épocas prehispánicas dibujos en sus paredes. La aglomeración y cercanía de varios de esos bloques erráticos permitieron igualmente conformar y adecuar espacios protegidos de las corrientes de aire.

En esas zonas se evidenciaron vestigios arqueológicos atribuibles a las poblaciones que precedieron a los Muisca. Se señala, igualmente, que en los taludes de algunos abrigos se encontraron lascas y fragmentos alfareos asociables a la cerámica fabricada por los indígenas que encontraron

los europeos en el Altiplano Cundiboyacense. Se ha pretendido aislar a los Muisca de aquellos sucesivos pueblos que habitaron previamente el Altiplano. Lo que parece, a nuestro juicio, inconveniente para la comprensión de las dinámicas del saber y del saber hacer que sin ninguna duda se forjan en territorio central de Colombia, desde hace más de una decena de miles de años.

Tampoco parece conveniente considerar inamovible las periodizaciones, las secuencias y las informaciones consolidadas por los científicos pioneros desde las informaciones etnohistóricas y desde los primeros trabajos arqueológicos. Se ubica a los Muisca en el Altiplano Central de Colombia y se les da una antigüedad de seiscientos a ochocientos años, en función de las dataciones obtenidas en yacimientos arqueológicos reconocidos como Muisca gracias a la presencia de una alfarería cuya técnica de fabricación se asocia con el saber muisca.

Exploraciones arqueológicas realizadas por los inscritos en la asignatura “Laboratorio de Investigación en Arqueología”, del departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia en 1995, prospectaron un yacimiento arqueológico en la Vereda Monquirá de Sogamoso. Se evidenció allí una semejanza y tal vez una asociación entre la decoración de la alfarería fabricada con tecnología asociada al periodo Herrera y unos cuencos cerámicos que poseían tecnología considerada Muisca o Guane.

De la misma manera, la exploración del yacimiento arqueológico conocido como “Punto Rojo” en el área urbana de Sogamoso mostró una secuencia de tres niveles de ocupación separados por sedimentos que no poseían vestigios de cultura material. Esos tres ‘estratos’ arqueológicos poseían abundantes evidencias de alfarería con un saber hacer asociable a la cerámica Herrera y algunos utensilios tallados en piedra. En el relativamente pequeño predio de “Punto Rojo”, un lote de apenas 300 metros cuadrados, circunscrito por las paredes de los edificios adyacentes y por una calle y una carrera, la recolección superficial que se operó proporcionó igualmente fragmentos cerámicos asociados al saber cerámico Muisca.

Más que pretender un incontrovertible ‘impulso’ humano por establecerse en un lugar y pretender el control del acceso a los recursos por medio de una paulatina restricción de acceso y ampliación del dominio gracias al monopolio ‘*manu militari*’ y al poder consolidado por lazos de parentesco, parecería más conveniente abordar el estudio de la percepción y de la conformación cultural del territorio desde la dinámica de construcción del pensamiento cosmológico de todas las poblaciones que se sucedieron en el Altiplano Cundiboyacense durante cerca de veinte mil años.

Los saberes sobre los ciclos y las secuencias de fenómenos climáticos, las características de la fisiografía, los tipos de flora y de fauna, los diver-

ros minerales, suelos, subsuelos y afloramientos se iniciaron hace cerca de veinte mil años y se procesaron secuencialmente con nuevas percepciones a través del recorrido e interacción de pueblos. (Imagen 20).

EL ARTE RUPESTRE A TRAVÉS DE MILENIOS DE PRESENCIA HUMANA EN EL CAMPO DE LA BATALLA DE BOYACÁ

El Arte Rupestre y la construcción de espacios de culto

Las pinturas rupestres de las paredes de acantilados o de bloques erráticos que forman abrigos rocosos o las pinturas plasmadas en las paredes y techos de cuevas fueron hechas por el hombre desde hace más de treinta mil años en la mayoría de partes del mundo. Se conoce particularmente el florecimiento del Arte Rupestre en la zona europea entre Francia y España conocida como “Región Franco-Cantábrica”. Entre las representaciones artísticas prehistóricas más conocidas se re eren las Pinturas de la cueva de Altamira en España y de las cuevas de Lascaux y Chauvet en Francia, entre tantas otras en esta zona fronteriza. Existen, sin embargo, muchos otros yacimientos arqueológicos en Asia, África, Oceanía y en América, mucho menos conocidos, con manifestaciones artísticas prehistóricas del periodo que en Europa se denomina Paleolítico y que para América llamamos ‘Precerámico’ o ‘Lítico’. Si bien son más conocidas las representaciones naturalistas de numerosos animales en el Arte Occidental del Viejo Mundo, también existen allí pinturas más abstractas y geométricas llamadas genéricamente con el nombre de “Pinturas del Levante Español”.

Son conocidas mundialmente las pinturas de Tassili en el desierto argelino, las pictografías de Australia, del sureste asiático y de Indonesia. En América se conocen de manera particular las pinturas rupestres del noreste de Brasil y la cueva de las manos en la Patagonia Argentina. Las pinturas rupestres de Colombia son menos conocidas, pero no menos monumentales. En efecto las pinturas rupestres de la Serranía de la Lindosa en el Departamento del Guaviare o los majestuosos paneles de dibujos de la Serranía del Chiribiquete en el Caquetá, hacen parte de los principales conjuntos pictóricos mundiales.

En el Campo de la Batalla de Boyacá se registraron 22 paneles de dibujos pintados en la superficie de las paredes de bloques erráticos. Más allá de la eventual significación que se le pueda otorgar a cada uno de los dibujos, lo esencial parece residir en el hecho social en el que se insertó el gesto de representar algunos motivos. Los dibujos harían parte de rituales de carácter conmemorativo, entronizadorio y sobre todo propiciatorio y acompañarían complejas ceremonias realizadas en lugares específicos de alto reconocimiento.

No sobra señalar que dentro de las primeras poblaciones que habitaron el actual territorio de Colombia los lugares en los que se inhumaron sus difuntos y se establecieron lazos, por medio de la muerte, entre el mundo de los vivos y el mundo de las fuerzas que controlan la naturaleza, están los abrigos rocosos y las entradas a las cuevas.

Estos lugares parecen haber aglutinado, de manera paulatina, un compendio de elementos que conformaron finalmente “Altos Lugares”. Estos particulares sitios contienen elementos significativos dentro del pensamiento cosmológico de las poblaciones indígenas. Alternancia de luz y oscuridad, piedra, neblina, ojos de agua, ocre, atributos culturales a la fauna presente en los abrigos, parecen omnipresentes en la cosmología de los pueblos precoloniales de Colombia y habrían dinamizado estos ancestrales sitios relevos hasta convertirlos en morada de ancestros y lugares de culto.

Esas características de los lugares parecieran conservarse aún en las poblaciones campesinas contemporáneas. En efecto, en las “Piedras de Barreiro” del Campo de la Batalla de Boyacá, existen pictografías indígenas que son consideradas por los habitantes locales como indicio de supuestos mapas y jeroglíficos que a su juicio indicarían ubicaciones de tesoros ofrendados a los dioses. Se atribuye a estos lugares, de la misma manera, la inherente presencia de espíritus protectores que velan por el mantenimiento de la sacralidad y de los pagamentos hechos al sitio por los indios. Finalmente, los bloques erráticos que tienen pinturas rupestres son considerados como ‘manas’ o lugares de inagotables fuentes hídricas.

La presencia de lascas talladas en piedra, en los taludes de los abrigos rocosos ubicados en el Campo de la Batalla de Boyacá, y la ausencia en algunos de esos lugares de evidencias de alfarería podría sugerir su uso como abrigos temporales por parte de recolectores cazadores que no conocieron el uso de la cerámica, que datarían de los últimos milenios antes de nuestra era.

Los paneles que conforman las pictografías del Puente de Boyacá, se construyeron entonces a lo largo de milenios y con el aporte de diversas poblaciones indígenas que finalmente consolidaron un alto lugar de culto que se perpetuó y dinamizó hasta nuestros días. (Imágenes 21 a la 56).

CONSIDERACIONES FINALES

Luego de este recorrido arqueológico a través de la geografía, la historia y la etnografía del Campo de la Batalla de Boyacá, pareciese que el lugar donde se encontraron los ejércitos en disputa fuese el predestinado. El predio donde tuvo lugar la Batalla del Puente de Boyacá, en efecto, aglutina elementos fisiográficos y climáticos que aunados con las sucesivas y acumulativas experiencias y respuestas culturales de cerca de veinte mil

años de interacción entre seres humanos y entorno natural, convierten al Campo de Batalla de Boyacá en un lugar de confluencia de caminos y sitio que conviene no contornear en los desplazamientos a lo largo y ancho del Altiplano.

Se vio que las montañas donde nace el Río Teatinos, principal fuente hídrica que atraviesa el Campo de la Batalla de Boyacá, conforma la parte más oriental de la estrella fluvial del Altiplano que irriga primero al sur la Sabana de Bogotá y la vertiente hacia el Río Magdalena; segundo los ríos que alimentan el Upía, el Meta y el Orinoco y tercero la parte norte del Altiplano con el Suárez, el Chicamocha y el Sogamoso que también hacen parte de la cuenca del Río Magdalena.

En este contexto geográfico se gestaron algunas de las bases fundamentales del saber cosmológico que de manera dinámica y a lo largo de milenios, permitió explicar y justificar el mundo para las sucesivas poblaciones de humanos que han poblado el Departamento de Boyacá desde hace cerca de veinte mil años.

Los desplazamientos por la vertiente hacia los Llanos Orientales pasando Chiriví, o Nuevo Colón, Tibaná, Turmequé, Ramiriquí y por poblados de la Provincia de Lengupá intercomunicaron numerosas poblaciones indígenas de las tierras bajas —Llanos Orientales y selva amazónica—, con diversas poblaciones de zonas alejadas, a través de las poblaciones del Altiplano.

La comunicación entre el fértil Valle de Samacá, despensa del sur del Altiplano y su Laguna de Camsicá, con las microcuencas del Río Suárez, la Laguna de Fúquene y el occidente de la Sabana de Bogotá, por un lado y el extremo del bosque de galería en la unión del río Fonce con el Suárez donde incide la ora y sobre todo la fauna del Valle del río Magdalena, permite una conexión de entornos naturales que parecen extraños a las asociaciones que estamos acostumbrados a considerar. En esta confluencia del Fonce con el Suárez, hasta hace pocos decenios, se encontraba caimán y muchas especies ictiológicas propias del Bajo Magdalena.

La gran importancia del conocimiento de la flora y la fauna, de ciclos y elementos asociados a los fenómenos climáticos que conforman y dinamizan la cosmología de todas las poblaciones de la región. No parece posible vivir en una región tan grande, tan amplia, sin que haya elementos de cohesión que permitan entender las relaciones que existen en el territorio por donde se circula. Esto lleva a pensar que existía una circulación de saberes, de técnicas, y de conocimientos que se procesaban de manera diversa junto con los saberes más locales. Los territorios de los municipios actuales de Tunja, Tibaná, Samacá, Ráquira, Ventaquemada, guardan en su subsuelo muchas evidencias de los hechos sociales acaecidos en los tres últimos milenios atribuibles a las poblaciones pre coloniales que más que

asentarse temporalmente y emplear sus suelos y materias primas, integraron una visión cultural del territorio y elevaron al rango de “Altos Lugares de Culto” a sitios como el que sirvió de teatro, milenios después, a la Batalla que dio la libertad a seis repúblicas bolivarianas.

Encontramos en los taludes de los abrigos formados por las grandes piedras o bloques erráticos del Campo de la Batalla de Boyacá evidencias de pequeños instrumentos líticos cuyo saber y saber-hacer se gesta y pertenece a antiguos pobladores de bandas de cazadores recolectores que recorrieron el Altiplano desde hace casi veinte mil años. Parece conveniente resaltar la relación, en esta peculiar zona, de los diversos hallazgos arqueológicos. Allí en ese territorio participa el genio humano en la conformación a lo largo de muchos milenios de un “Alto Lugar” marcado por los ritos y ofrendas de las que son testimonio las numerosas pinturas rupestres y los campamentos temporales de las poblaciones del periodo Herrera o primeros alfareros y agricultores de Boyacá y Cundinamarca.

De un puñado de yacimientos arqueológicos de ese periodo Herrera, reconocidos inicialmente en el actual Departamento de Cundinamarca y en la vertiente de este Departamento hacia el valle del Río Magdalena, se encuentran luego numerosos sitios arqueológicos Herrera en Zipaquirá, Nemocón, Tocancipá, Gachancipá, Chocontá y así mismo la densidad de yacimientos arqueológicos aumenta considerablemente con el reconocimiento y exploración del Valle del Tundama y Sugamuxi, realizado por estudiantes de Monografía de Grado del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia.

El trabajo pionero de Gregorio Hernández de Alba en 1938 en predios de la Escuela Normal de Tunja, –actuales predios de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia– muestra que columnas talladas en piedra hacían parte del templo dedicado por Goranchacha a su padre el Sol. Los trabajos arqueológicos que continuó primero la antropóloga boyacense Neila Castillo y luego el equipo de Arqueología de la Escuela de Ciencias Sociales de la U.P.T.C., muestra que este sitio no solo se relaciona con la producción alfarera que se conoce como Herrera sino que muchas de las inhumaciones allí realizadas corresponden también a miembros de esas poblaciones. Se encontró allí, en una de esas inhumaciones un niño que portaba también un objeto de orfebrería, –el vestigio de metalurgia tal vez el más antiguo del Altiplano–, representado por una nariguera. Las dataciones de materiales orgánicos asociados a estos hallazgos permiten ubicar cronológicamente a estas poblaciones tunjanas en el lapso de tiempo que va desde el primer siglo antes de nuestra era hasta los dos o tres primeros siglos después de Cristo. La datación obtenida en el Campo de la Batalla de Boyacá en el lugar conocido como “Piedras de Barreiro” o “Piedra pintada” muestra que 260 años antes de Cristo, poblaciones asociadas con la

alfarería Herrera recorrieron el Campo de la Batalla de Boyacá y armaron campamentos temporales en los abrigos rocosos de la zona.

Las evidencias de materiales arqueológicos representados por fragmentos de alfarería muisca están también presentes a pesar de ser menos numerosos. Los vestigios asociables a los saberes que se consideran muiscas son mucho más abundantes tanto en la vertiente hacia los Llanos Orientales a lo largo de los ríos Ventaquemada, Turmequé y Ramiriquí como al otro lado de la cumbre en las poblaciones indígenas reconocidas por centros de interés colectivo implantados en las vegas y pequeñas pendientes alrededor de la Laguna de Camsicá. Los dos recipientes en cerámica que presentamos en este artículo, fueron encontradas por los campesinos de la ‘Vereda el Venado’ del Municipio de Samacá.

Las Pinturas Rupestres de la región fueron citadas por los europeos que visitaron y recorrieron el Altiplano boyacense en el siglo XVI, fueron referidas por la sorpresa que les causó ver representadas cruces dentro de los dibujos realizados en las paredes de esas piedras. Señalan los cronistas que indagados los indígenas sobre la antigüedad y autoría de esos dibujos, los indígenas manifestaron que eran cosas muy viejas y que sólo los mayores darían razón de eso.

Pareciese entonces, que si bien los Muiscas conocían su ubicación, le otorgaban atributos visitaban, respetaban y ofrendaban en esas piedras con pinturas. Por el contrario, no parecían conocer la génesis de la elaboración de las pinturas rupestres, a las que les atribuían, de todas formas, una alta antigüedad.

Al otro lado de la cuchilla de Gachaneque, elevación asociada también con el Campo de la Batalla de Boyacá, se asentaba una de las antiguas poblaciones de indígenas del Valle de la Laguna: los Patagüíes. En la actual Vereda de Pataguy al sur del actual casco urbano de Samacá, se encuentran afloramientos de numerosos bloques erráticos que poseen también vistosos dibujos hechos en ocre u óxidos de hierro. Los hospitalarios campesinos del sector nos acogieron y colaboraron con el registro de las pictografías y nos comunicaron su percepción alrededor de las pictografías y del lugar. Don Saúl y su hijo Josué nos mostraron sin recelo numerosas esmeraldas de pequeño tamaño que guardaban en un frasco. Esas esmeraldas conformaban los hallazgos realizados por ellos durante lustros, en el momento de los trabajos agrícolas de preparación del suelo y de recolección o cosecha.

Señalan los campesinos, que para ellos, los indígenas venían a celebrar ritos a Pataguy y ofrendaban esmeraldas que provenían de las minas y explotaciones de Muzo, Quípama y Coscuez. Los campesinos de la Vereda ‘El Venado’ refirieron igualmente el hallazgo de “murralla” o cristales de roca con esmeraldas de baja calidad en algunas inhumaciones indígenas en esa zona.

Los textos de los cronistas de la conquista del Altiplano refieren la gran variedad de lenguas en el territorio Muisca del siglo *xvi* y la fragilidad de los esquemas políticos regionales. Se señala, sin embargo, el reconocimiento de dos grandes caciques el Zipa al sur del Altiplano y el Zaque asentados respectivamente en Bacatá y en Hunza, que lucharon entre sí hasta poco tiempo antes de la llegada de los europeos a América, por el control y dominio de tierras, recursos y gentes. Las lecturas comparativas de las informaciones contenidas en los textos de los primeros cronistas del Nuevo Reino de Granada mostrarían que el control del territorio integraba más que estos dos dignatarios. Se señala que la región de Samacá, Saboyá y la región que se extiende hacia el occidente era autónoma. En efecto, el etnohistoriador Eduardo Londoño, estudia documentos de archivo que evidencian esa independencia.

De manera tradicional, se sugiere que los gobiernos de las poblaciones prehispánicas de estas regiones pasaron paulatinamente de gobiernos teocráticos a gobiernos militares. Se ha sugerido igualmente, la participación conjunta de gobernantes y jefes religiosos con jefes y caudillos militares. Se propone así la existencia de duplas que gobernaban una buena parte del territorio Muisca en el siglo *xvi*. Se proponen tres principales parejas así: la dupla del Cacique Sugamuxi como jerarca religioso junto con el Cacique Tundama como jefe militar; la dupla del Cacique de Hunza como dignatario religioso y del Cacique Ramiriquí como autoridad militar; más al sur del Altiplano se asocia al Zipa como jefe militar con el Guatavita como jefe religioso.

Luego de la llegada de los europeos la región donde se encuentra el Campo de la Batalla de Boyacá siguió conformando el punto de confluencia de caminos y el “Alto Lugar” donde se aglutinaron los dioses indígenas de regiones vecinas y las fuerzas que controlan la naturaleza.

Era ahí que debía darse La Batalla de Boyacá. El sitio estaba “predestinado” para ser el teatro de los acontecimientos que darían nacimiento a seis nuevas repúblicas.

BIBLIOGRAFÍA

Aguado, Fray Pedro. *Recopilación historial. Introducción, notas y comentarios de Juan Friede*. 4 vols., 1581. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1956.

Becerra, B., José Virgilio. *Abrigos Naturales de la región de Ventaquemada. Puente de Boyacá. Utilización prehistórica*. Bogotá: Fundación de investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República, 1985. 180 págs. Inédito.

Becerra, B., José Virgilio. *Les Muiscas, une culture précolombienne de la Colombie et ses antécédents*. Tesis doctoral. París: Universidad de París I. 1997. Inédito.

Becerra, B. José Virgilio. *Abrigos Naturales de la región de Ventaquemada. Puente de Boyacá. Utilización prehistórica. Pinturas Rupestres*. Bogotá: Fundación de investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República, 1985. 210 págs.

Becerra, B. José Virgilio. *Arte precolombino. Pinturas Rupestres. Boyacá, Colombia*. Bogotá: Editorial de la Cesco. Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República. Fundación Fyszen. 1990. Inédito.

Becerra, B., José Virgilio. *Informes de prácticas de campo en el Departamento de Boyacá con estudiantes del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional*. Bogotá, Departamento de Antropología. Universidad Nacional, 1985-2005. Inédito.

Borrero Forero, Luis Daniel. *Arqueología de los campos de batalla. Prospección arqueológica en Puerto Boyacá*. Tesis de Grado. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.

Castellanos, Juan de. *Elegías de varones ilustres de Indias*. 4 vols., 1601. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República, 1955.

Cieza de León, Pedro de. *Obras completas*. 3 vols. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”, 1984.

Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. 14 vols., 1535. Asunción del Paraguay: Guaranía, 1944.

Friede, Juan. (comp.) *Documentos inéditos para la historia de Colombia*. 10 vols. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1955-1960.

Moreno y Escandón, Francisco Antonio. *Indios y mestizos de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII*. 1779. Bogotá: Banco Popular, 1985.

Pinto Nolla, María. *Galindo. Un sitio a cielo abierto de cazadores/recolectores en la Sabana de Bogotá*. Bogotá: FIAN. Banco de la República, 2003.

Piedrahita, Lucas Fernández de. *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. 4 vols., 1688. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942.

Quevedo Jara, Hernán Alexander. *Regiones históricas en el norte del Altiplano Cundiboyacense desde la época prehispánica. Trabajo de Grado*. Bogotá: Departamento de Antropología, Universidad Nacional, 2004.

Rodríguez Freile, Juan. *El Carnero*. Transcripción del manuscrito de José Antonio de Ricaurte y Rigueyro a cargo de Ángela Araujo, 1636. Bogotá: Villegas Editores, 1988.

Simón, Fray Pedro. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. 7 vols., 1626. Bogotá: Banco Popular, 1981-1982

REFERENCIAS GRÁFICAS

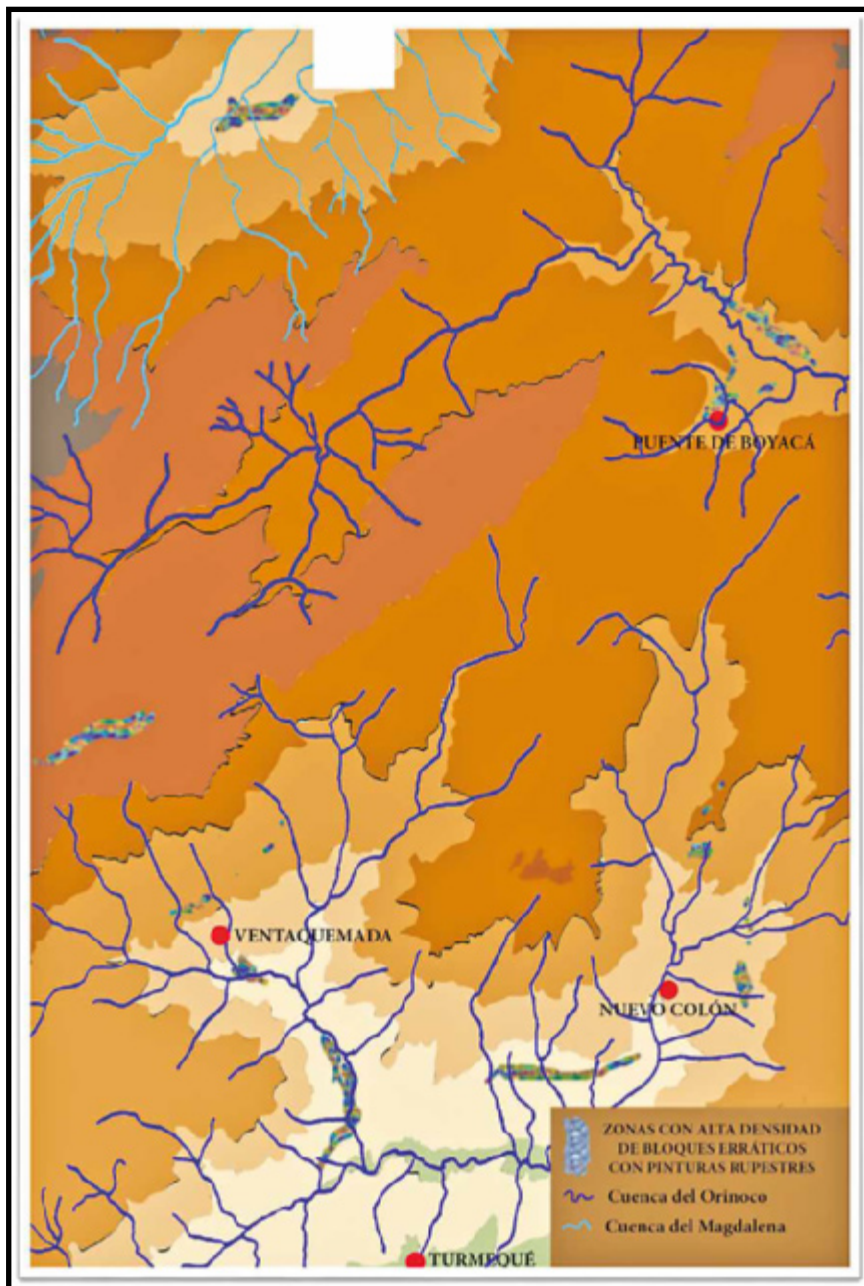


Imagen 1. Ubicación de las zonas con alta densidad de pictografías alrededor del Campo de la Batalla de Boyacá. Fisiografía y localización de los actuales municipios aledaños.

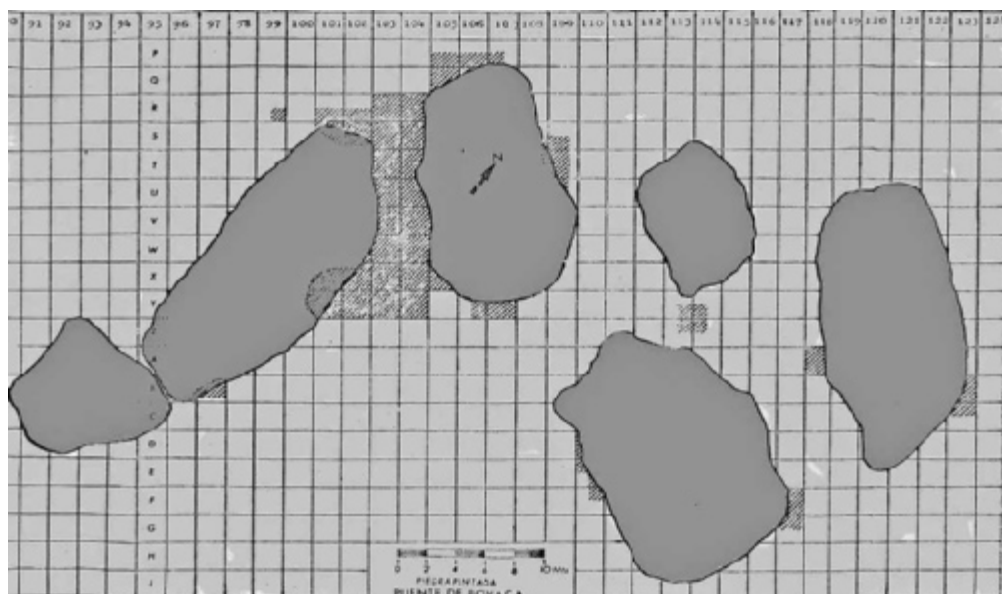


Imagen 2. Vista de techo del conjunto de seis grandes bloques erráticos conocidos con los nombres de “Piedras de Barreiro”, “Piedra de Pedro Pascasio Martínez” o “Piedra Pintada” en el Puente de Boyacá. Cuadrícula para el registro de los hallazgos arqueológicos.

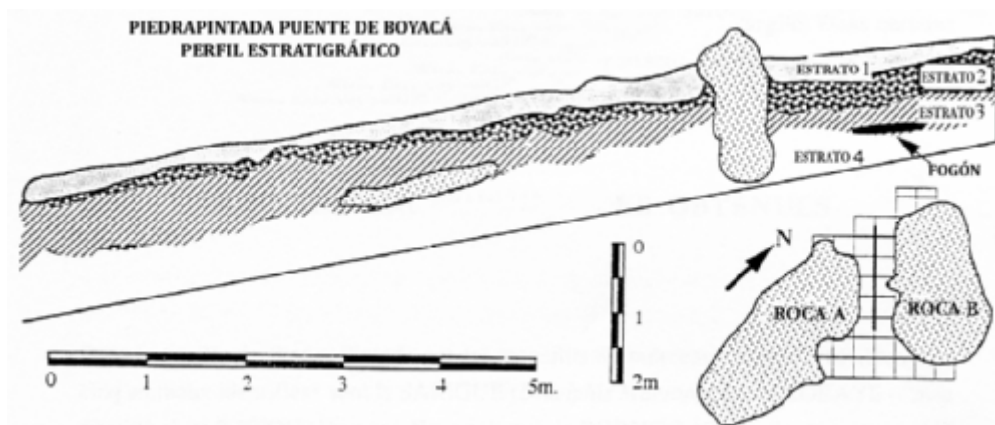


Imagen 3. Dibujo del perfil estratigráfico de la excavación arqueológica en el sitio de «piedra pintada» en el Campo de la Batalla de Boyacá. Se puede observar la ubicación del fogón de veintitres siglos de antigüedad en la base del estrato 3.

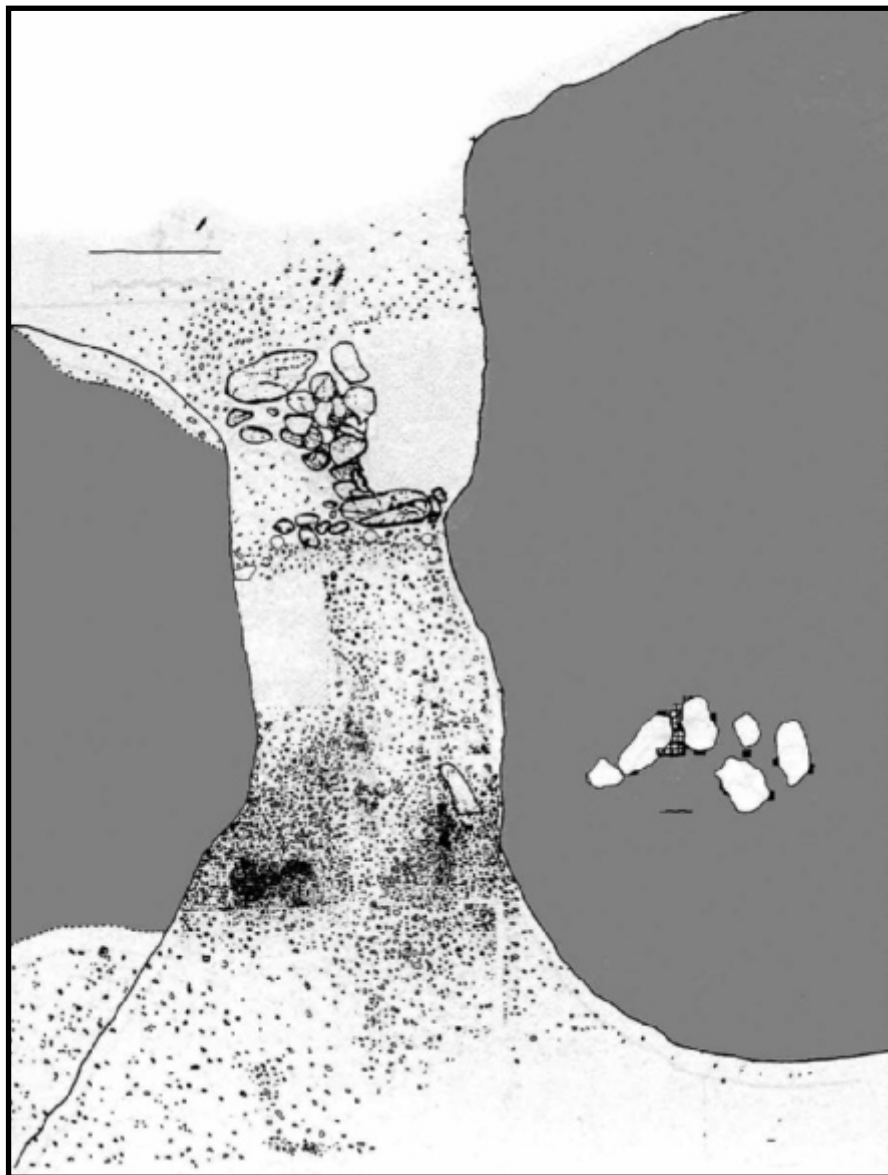


Imagen 4. Plano del Piso 1. Distribución de pequeñas lascas de lidita roja empleadas como pequeños utensilios para raspar y cortar. Elementos arqueológicos encontrados en el corredor creado por dos bloques erráticos en el Puente de Boyacá, en el sitio conocido como “Piedra de Pedro Pascasio Martínez”.



Imagen 5. Fragmento de cristal de roca que posee retoques por percusión en su extremo distal. Este borde activo sirve para raspar y cortar.

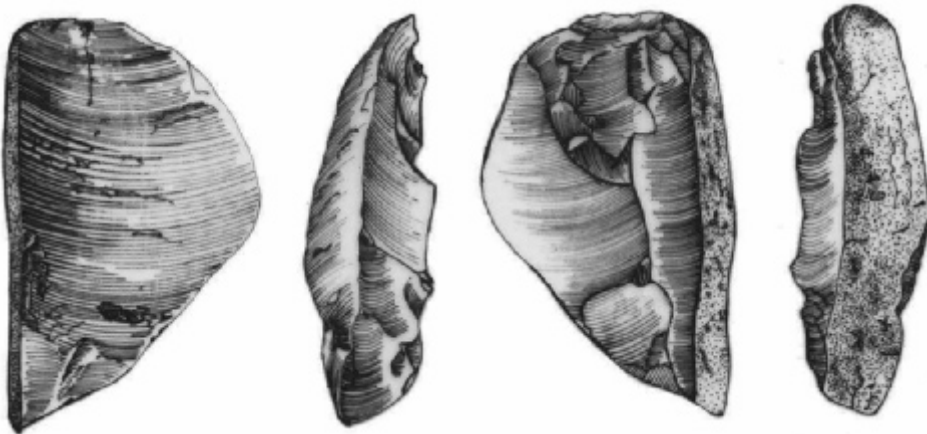


Imagen 6. Fragmento de lasca en lidita encontrado en el estrato tres del yacimiento arqueológico de las “Piedras de Barreiro” en Puente de Boyacá.



Imagen 7.1. a-c. Pequeñas esquirlas o microlascas obtenidas en el proceso de talla de la piedra. Se evidencia el empleo del fuego como mecanismo para hacer desprender finos pedazos o lascas a partir del núcleo.



Imagen 7.2. d-f. Pequeños utensilios en piedra lidita o limolita encontrados en los abrigos rocosos del Puente de Boyacá.

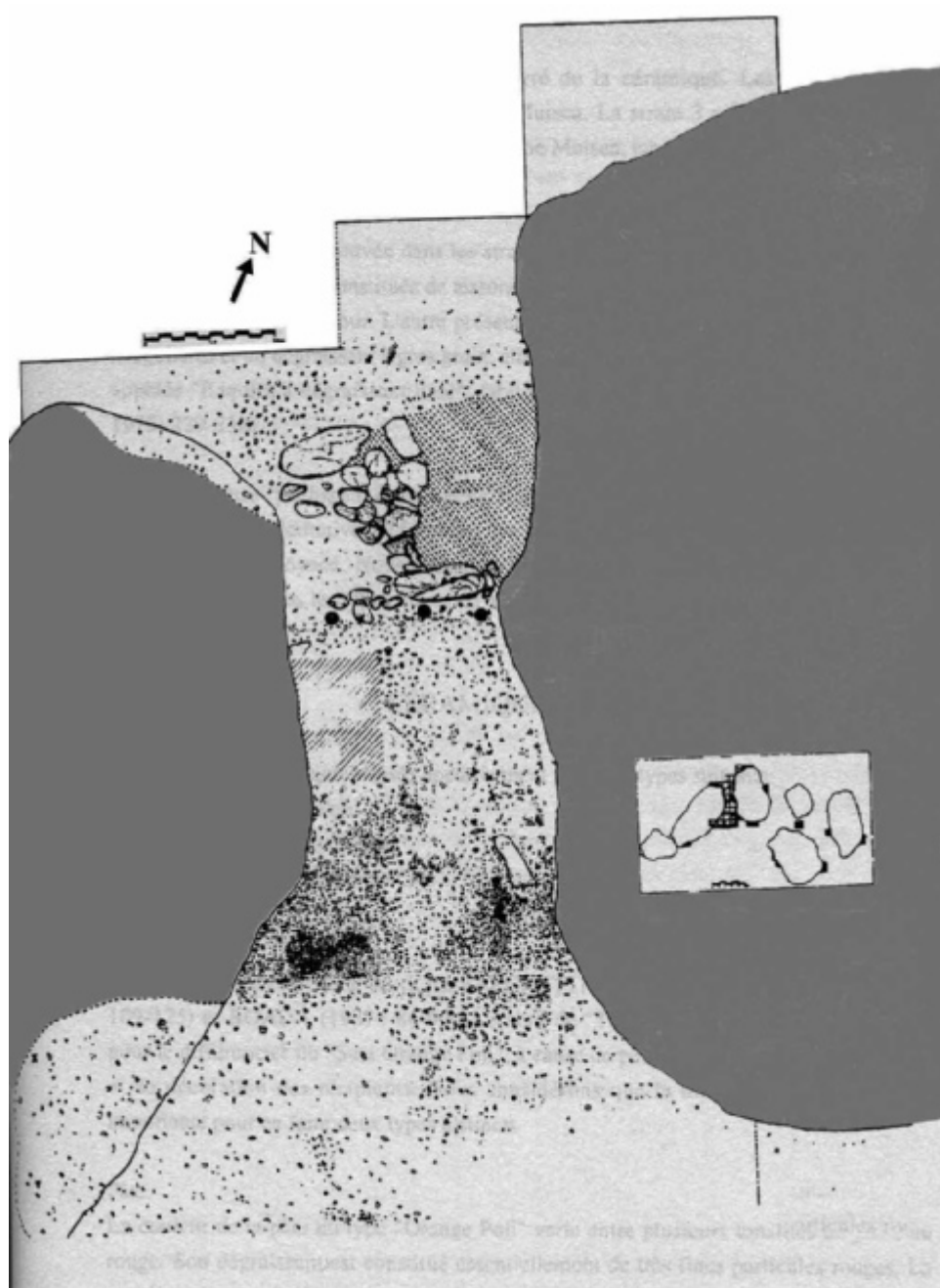


Imagen 8. Plano de la reconstrucción del piso 2 en la excavación de la "Piedra de Barreiro" en el Puente de Boyacá.



Imagen 9. Dibujo de Venado Grande o de cornamenta. Nombre científico: *Odocoileus Virginianus*.

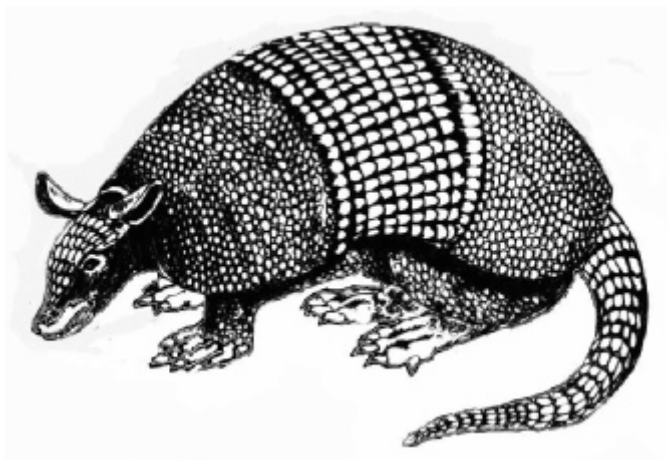


Imagen 10. Dibujo de Armadillo, Cachicamo, Gurre, Jerre-Jerre, Cusuco o Tatú. Nombre científico "*Dasyus Novemcintus*".



Imágenes 11 y 12. A la derecha, dibujo de un Borugo, Cuaga, Cuarra o Paca. Nombre científico: *Cuniculus Taczanowskii*. A la izquierda, dibujo de una fara, zarigueya, chucha o runcho. Nombre científico: *Didelphis Marsupialis*.

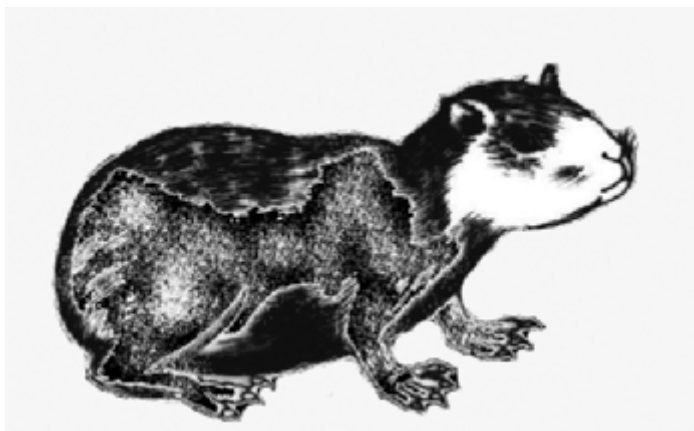


Imagen 13. Curí, cobayo, conejillo de indias, cuje o cuy, representado por numerosos fragmentos óseos hallados en el Puente de Boyacá. Nombre científico: *Cavia Porcellus*.



Imagen 14 a-c. Fragmentos de alfarería atribuidos a los primeros ceramistas de Boyacá y el Altiplano, fabricados entre los siglos III y II A.C., en el terreno que siglos después fue teatro de la Batalla de Boyacá.



Imagen 15. Recipientes alfareros del Periodo Herrera encontrados en la vereda Monquirá de Sogamoso – Boyacá. Los platos y platones están ricamente decorados en su interior con pigmentos minerales rojos. La Cerámica aquillada de la parte superior posee decoraciones incisas que forman semicírculos en la superficie entre la quilla y el borde del recipiente. Cinco de éstas cerámicas se encontraron encastradas las pequeñas dentro de las grandes en la adecuación de un espacio que se interpretó como un horno de cocción alfarera.



Imagen 16 a-b. A la izquierda: fotografía del bloque errático ubicado en el extremo norte de la plazoleta del monumento que circunda el Puente de Boyacá. En este lugar se hallaron herramientas talladas en piedra antiguas de varios miles de años y fragmentos cerámicos de las primeras poblaciones de agricultores del Altiplano Cundiboyacense y tiosos atribuibles a los alfareros y alfareras muiscas. En la fotografía de la derecha se muestra el ‘corredor’ que forma el espacio entre dos grandes rocas en el sitio conocido con el nombre de “Piedras de Pedro Pascasio Martínez”, “Piedras de Barreiro” o “Piedra Pintada”.



Imagen 17 a-b. En la fotografía de arriba se muestran los materiales arqueológicos del tercer nivel en la unión de las cuadrículas 103V y 104V. En la fotografía de abajo se muestra el proceso de limpieza del terreno y las coordenadas de registro. Trabajo de campo del 31 de mayo de 1984.



Imagen 18. Jarra o mícura de cerámica hallada por los campesinos en un yacimiento arqueológico que contiene numerosas inhumaciones humanas en la Vereda “El Venado” del municipio de Samacá. Su altura aproximada es de 20 centímetros. Tiene un cuerpo semiesférico sobre el que se modeló un delgado cuello que contiene aplicaciones que representan una figura antropomorfa.



Imagen 19. Jarra o múcura en cerámica atribuida al saber alfarero muisca, hallada por campesinos en el yacimiento arqueológico que contiene numerosas inhumaciones humanas en la Vereda “El Venado” del municipio de Samacá. Su altura aproximada es de 35 centímetros. Tiene un cuerpo globular y un cuello pintado con dibujos de pigmentos rojos. Estas jarras generalmente están asociadas a copas ricamente decoradas y enlucidas con engobes blancos que conocemos con el nombre de ‘copas de las culebras’.



Imagen 20. El Campo de la Batalla de Boyacá. Grabado realizado por A. Solm, a partir de un dibujo inédito de Agustín Codazzi prestado por M Vergara. Publicado en Jacques Élisée Reclus, *Nouvelle Géographie Universelle: la terre et les hommes*. Vol XVIII (Paris, Ed. Hachette. 1895): 339.

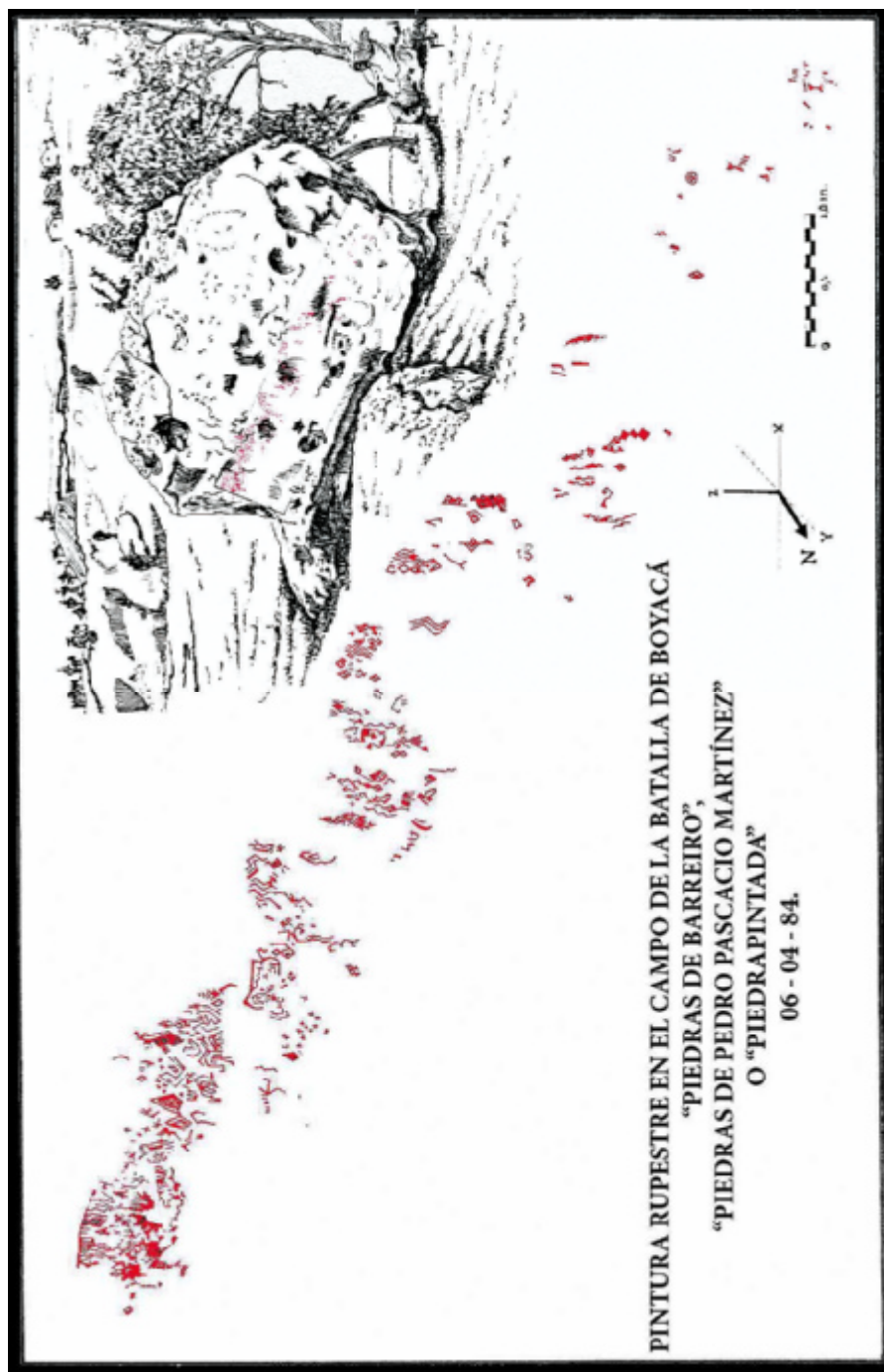


Imagen 21. Vista general del calco de la pictografía plasmada en la pared noreste de la "Piedra de Barreiro", "Piedra de Pedro Pascacio Martínez" o "Piedra Pintada" en el Puente de Boyacá. Sobre más de 7 metros, el rectángulo marcado sobre la piedra indica la ubicación de los motivos pintados. Es la mayor superficie pintada en las paredes de los bloques erráticos en este lugar. En la parte derecha del bloque se ubica el corredor que se excavó arqueológicamente.

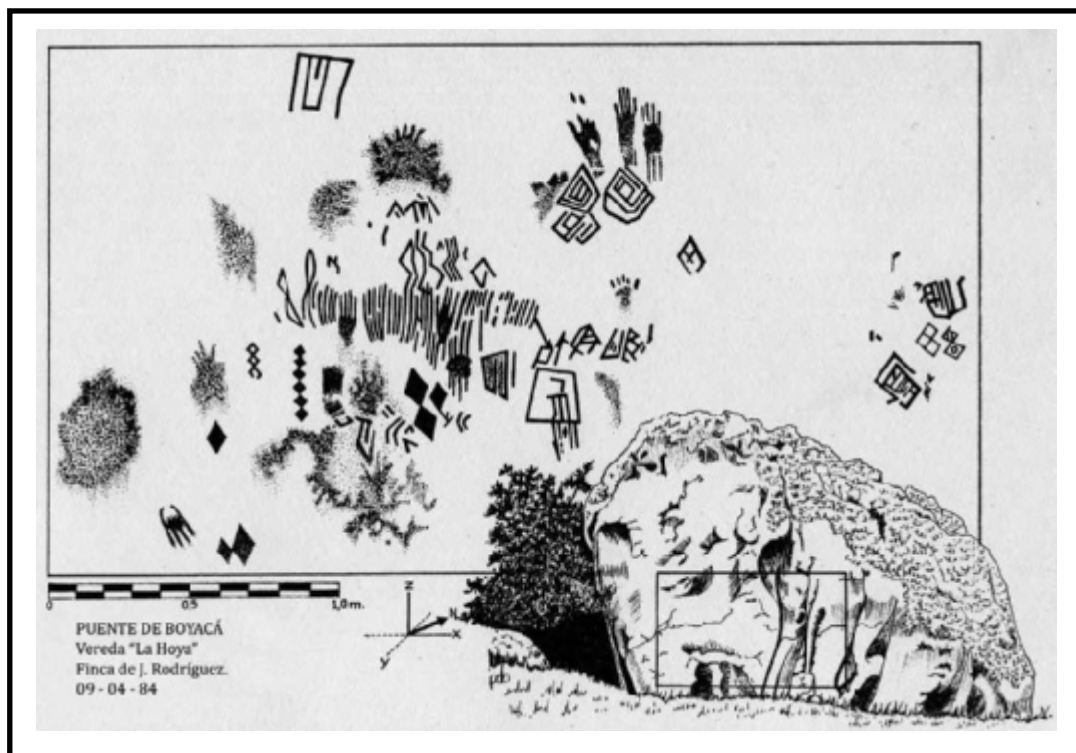


Imagen 22. Puente de Boyacá. Bloque errático con pictografías realizadas con impresiones de manos y trazos de pinturas rojas aplicados con los dedos. Un conjunto de cinco bloques circunscriben un espacio privilegiado en el que se hallaron fragmentos de cerámica Herrera da más de dos mil años de antigüedad.



Imagen 23. Fotografía de la pared pintada anterior, en el conjunto de bloques que forman un espacio con evidencias de antiguas presencias humanas de más de dos mil años. La disposición del conjunto de bloques erráticos protege del frío viento y de las bajas temperaturas un espacio adecuado como habitat.

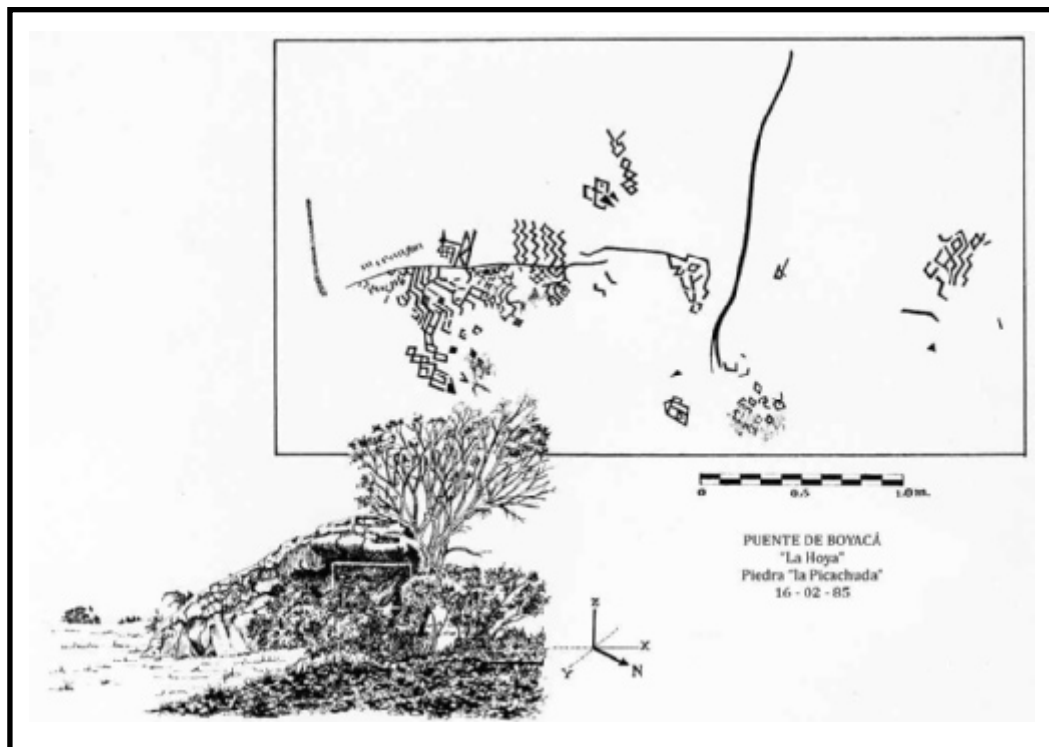


Imagen 24. Pictografía prehispánica en la vereda la Hoya del Puente de Boyacá. Se conoce localmente a este bloque errático con el nombre de “La Picachuda” por la forma de pico que tiene la parte superior de la piedra. De la misma manera, se asocia esta piedra con rayos, tormentas y borrascas.

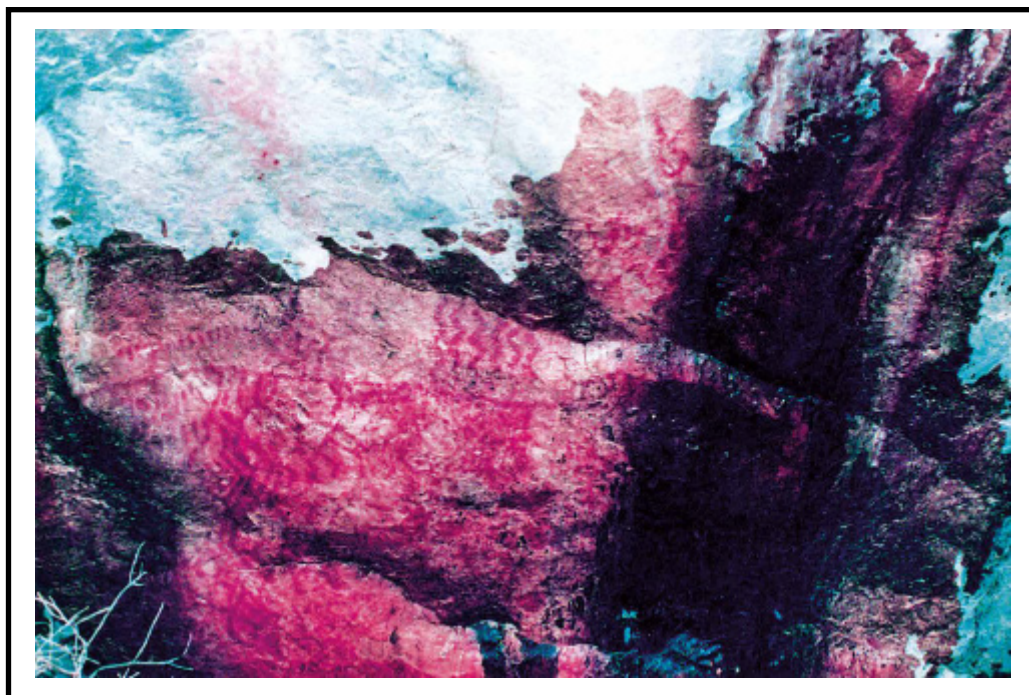


Imagen 25. Fotografía de la pared pintada en la piedra «La Picachuda» del Puente de Boyacá de la imagen 24.

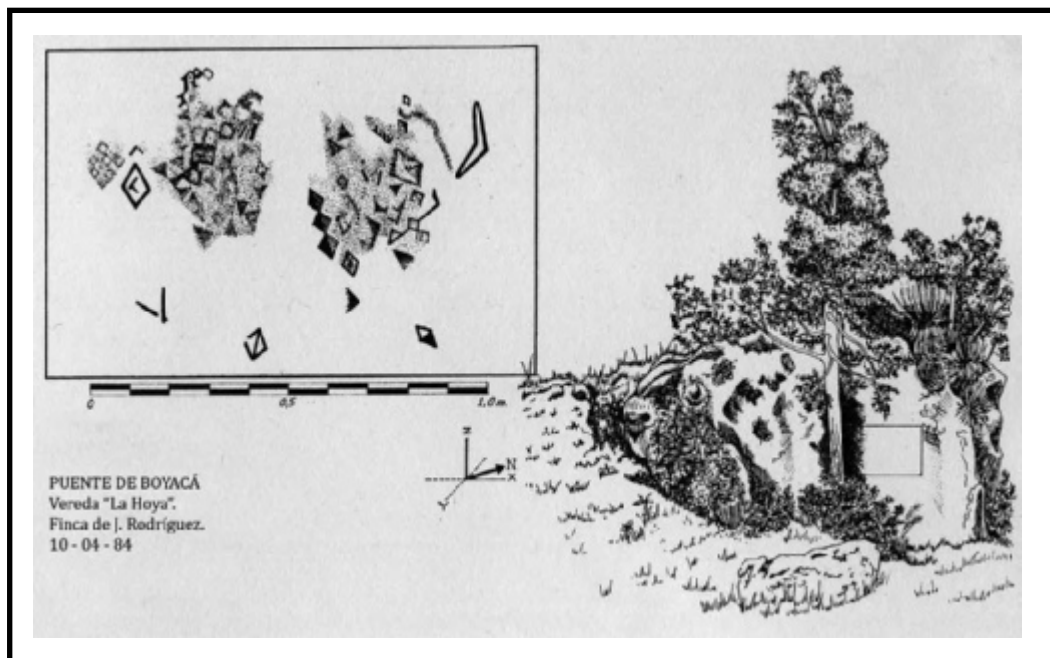


Imagen 26. Pictografía deteriorada en la pared de uno de los bloques que conforman un espacio circunscrito, protegido de vientos en el Puente de Boyacá.

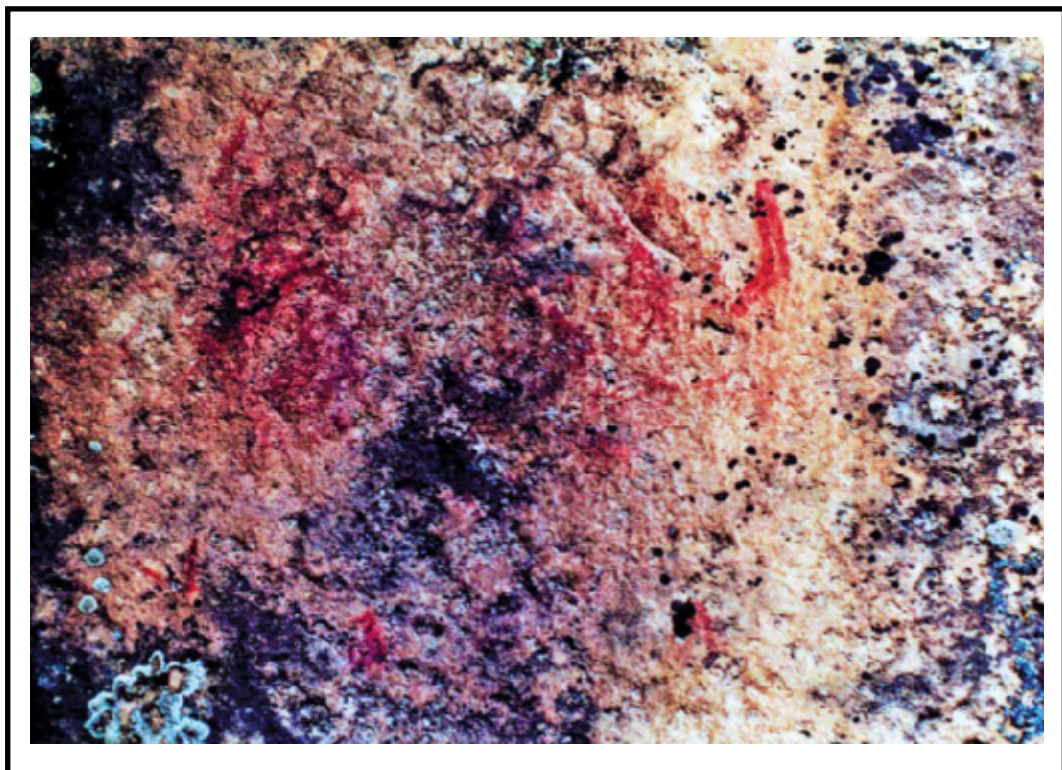


Imagen 27. Fotografía de pintura rupestre del bloque anterior deteriorada por hongos y líquenes en el Puente de Boyacá.

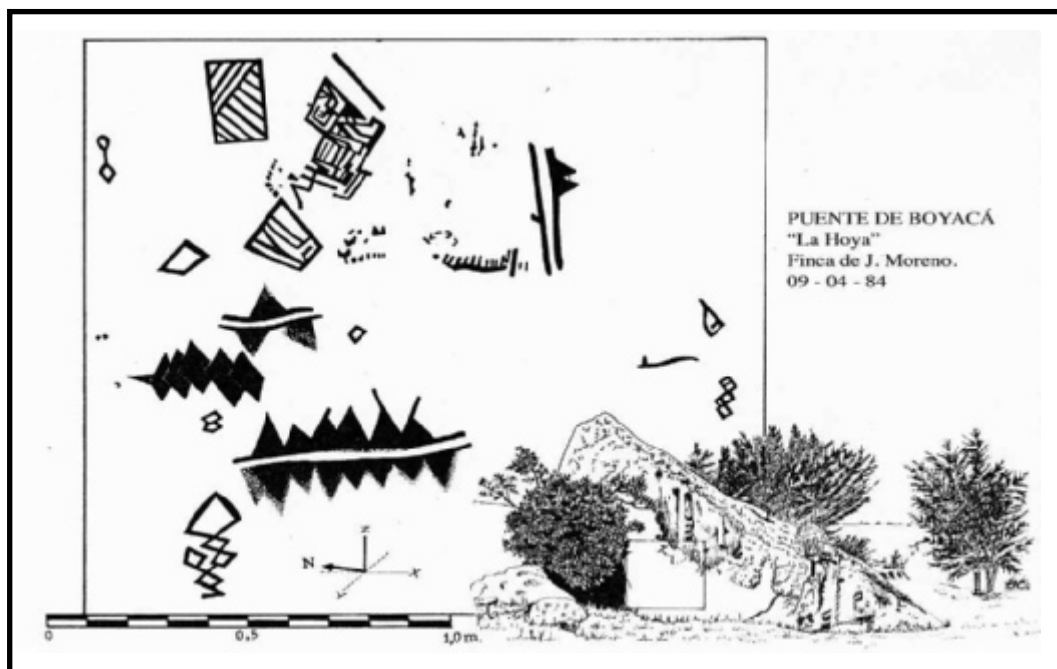


Imagen 28. Pintura rupestre en buen estado de conservación. Patio de la escuela elemental de Puente de Boyacá ubicada en el campo de la Batalla de Boyacá. Algunos dibujos se asemejan y parecen representar un mismo motivo. Estos harían parte de un hecho social que implicaría tal vez sesiones rituales que restablecieran equilibrios rotos.

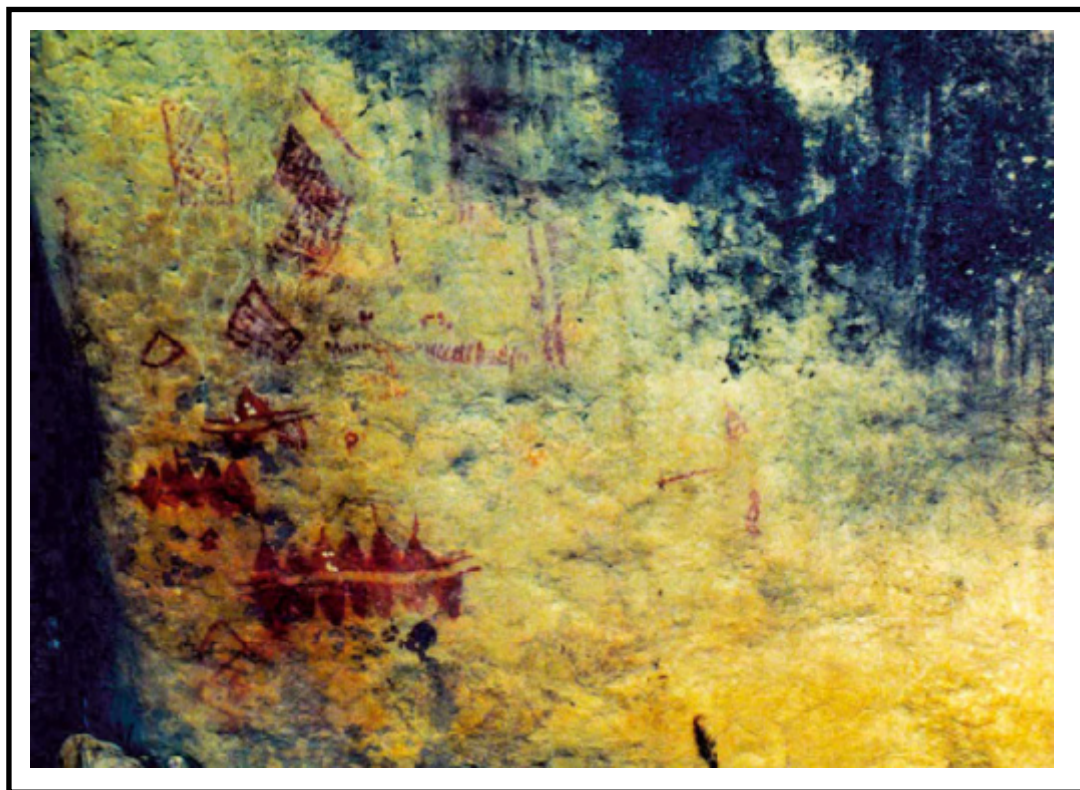
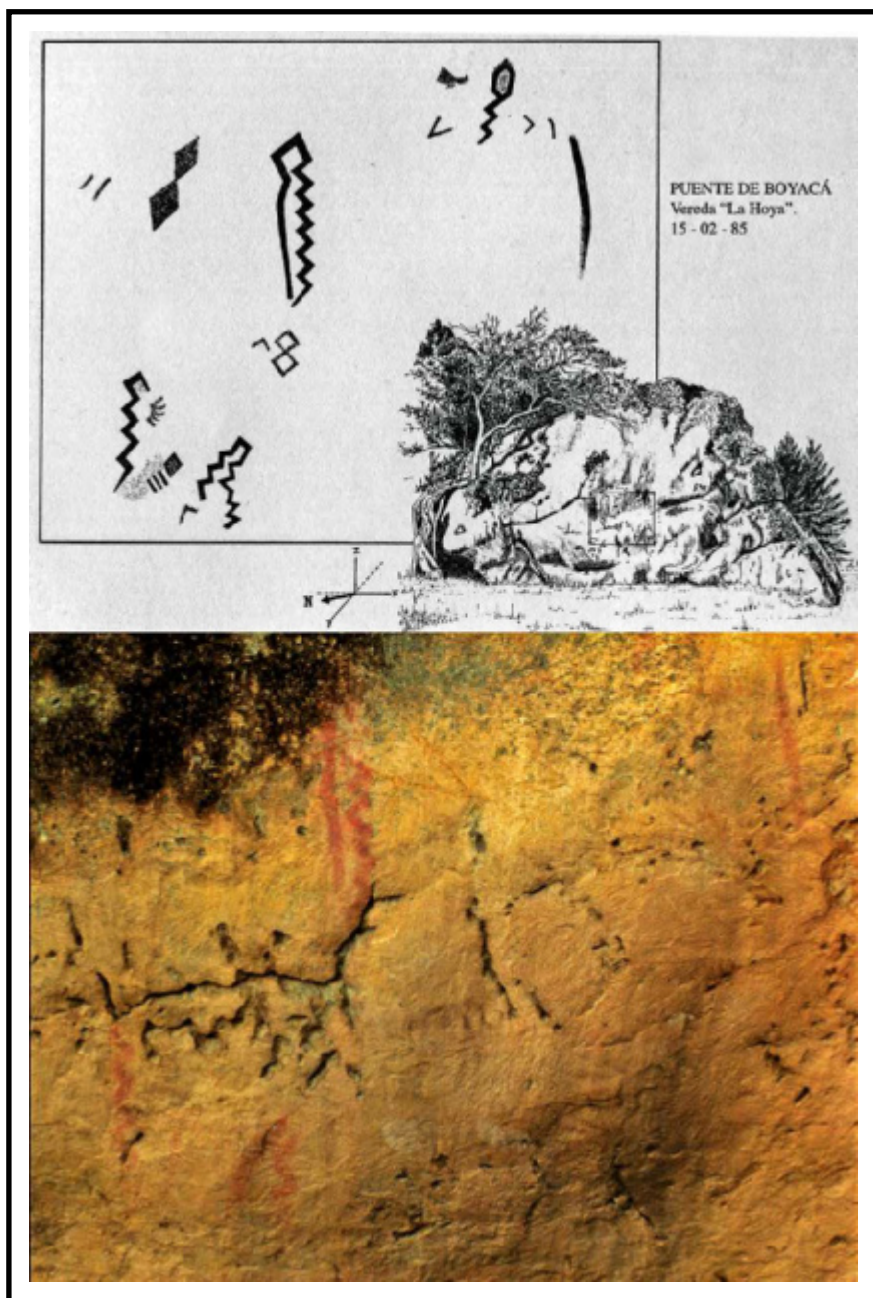


Imagen 29. Fotografía de la pared rocosa de la imagen anterior, que posee motivos pintados con pigmentos de ocre rojo. Más que las figuras estudiadas de manera individual, el análisis podría orientarse hacia el contexto fisiográfico y su asociación con los elementos primigenios resaltados en las cosmologías indígenas.



Imágenes 30 y 31. Dibujo y fotografía de un pictograma conformado por diversos motivos en un bloque errático de arenisca. El conjunto de dibujos no parece realizado en el mismo momento. Se considera que el panel pictórico se compone de motivos realizados en épocas diferentes y por grupos o personas diversas.

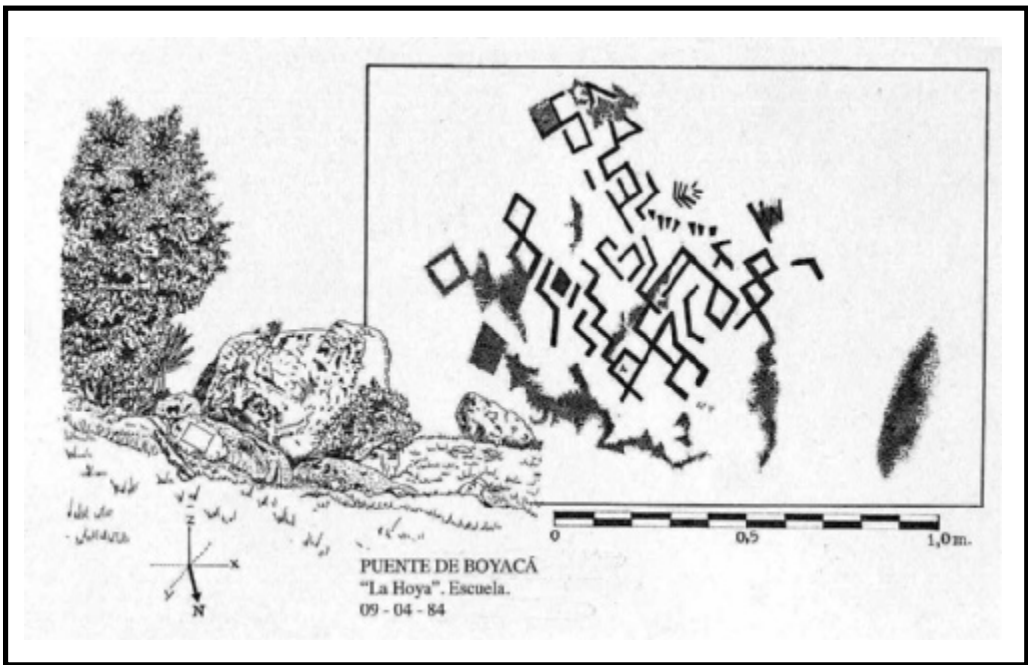


Imagen 32. Pictograma en regular estado de conservación, plasmado en un bloque de piedra en la escuela elemental de Puente de Boyacá. Los pigmentos se difuminaron y se recubrieron de líquenes y musgos.

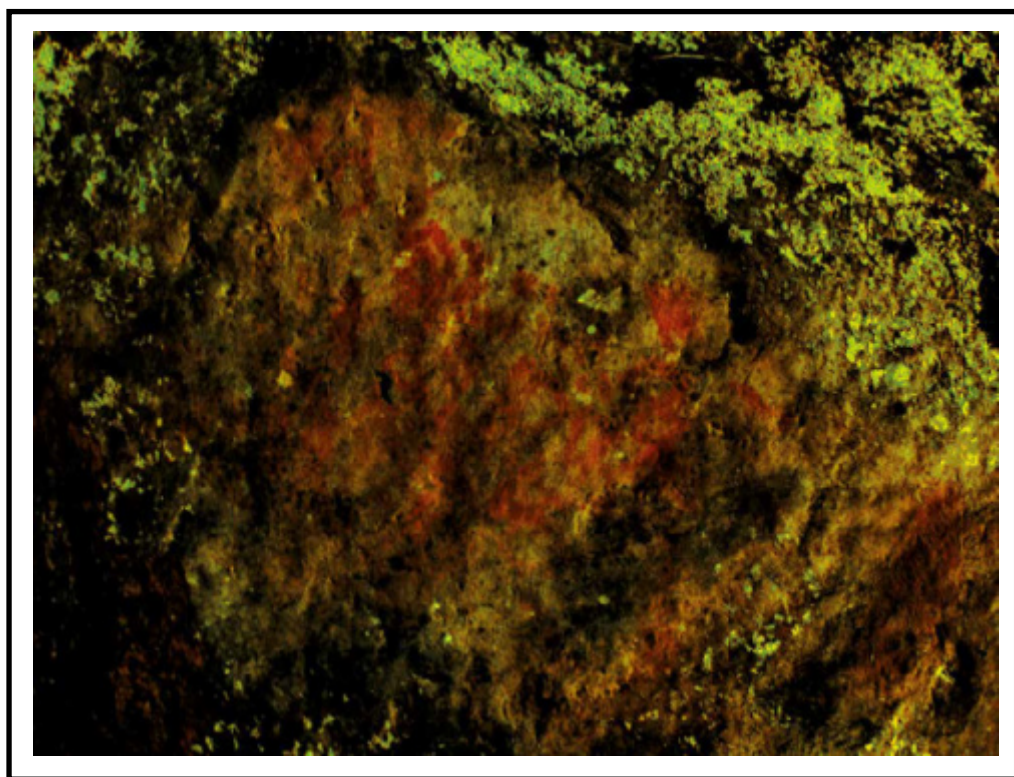


Imagen 33. Fotografía del pictograma mostrado en la imagen 32. Obsérvense los musgos y líquenes que cubren una parte de la pared rocosa.

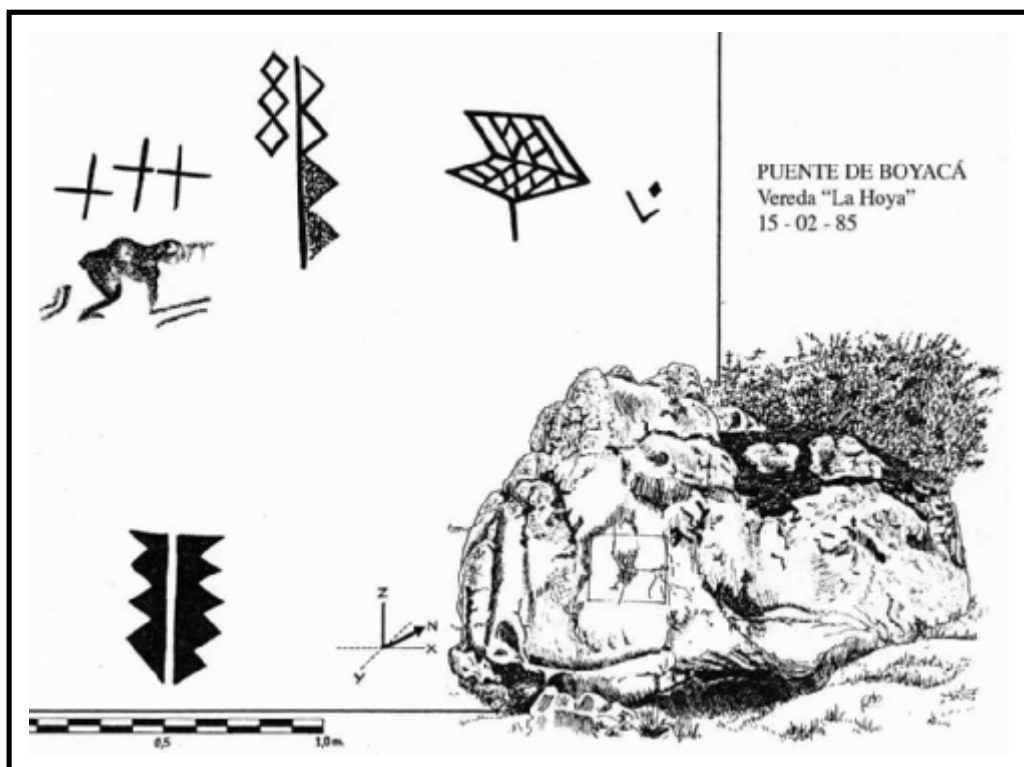


Imagen 34. Pequeña superficie que contiene diversos motivos pintados con pigmentos de ocre rojo pulverizado, humectado y aplicado con los dedos.

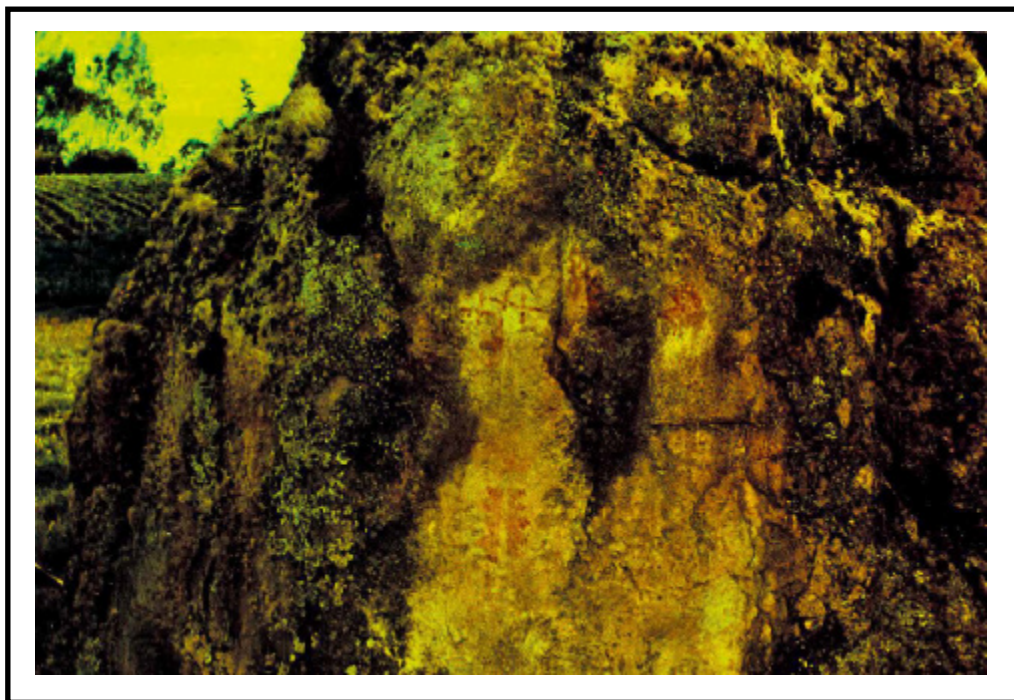
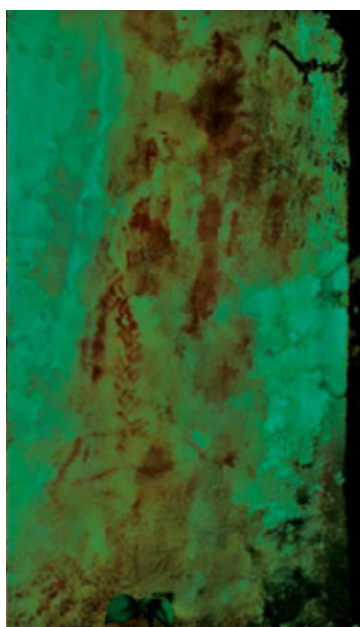
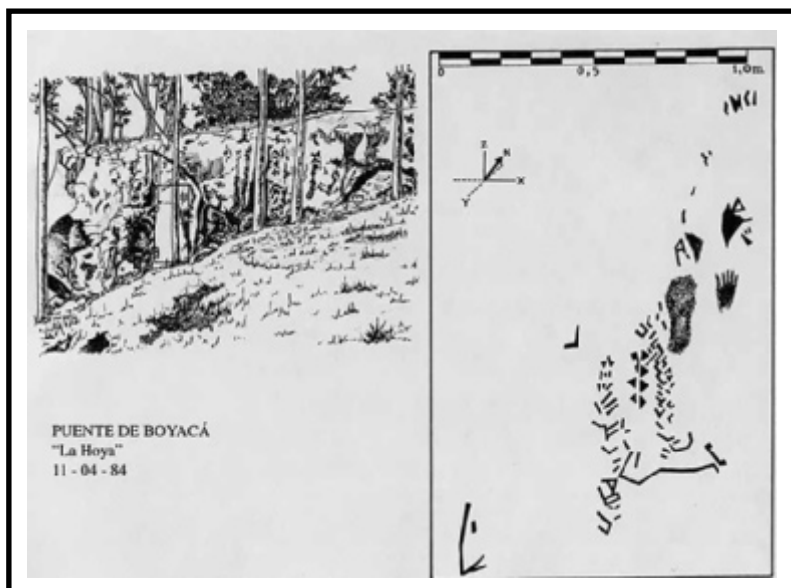


Imagen 35. Fotografía de la piedra que contiene los motivos dibujados en la ilustración anterior. Obsérvese el mal estado de algunos motivos cuyos pigmentos se diluyeron y difuminaron.



Imágenes 36 y 37. Dibujo de motivos de positivos de manos y otras figuras que parecen conformar secuencias en un sentido vertical. Las zonas empleadas para plasmar los pigmentos son lisas fruto tal vez de la superposición natural de una pátina creada en algunas de sus superficies. Fotografía de los motivos del pictograma. Se aprecian algunas partes de las superficies pintadas poseen una especie de pulimento o alisado natural.

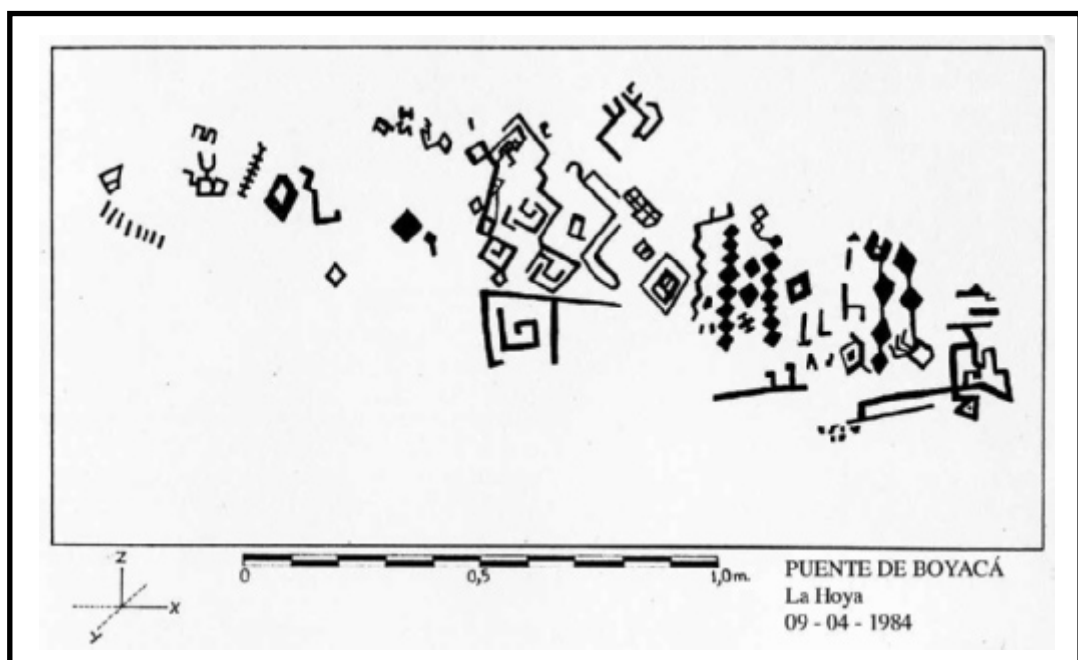


Imagen 38. Pintura rupestre de la vereda La Hoya en el Puento de Boyacá. A pesar de la aparente individualización de los motivos, se considera que éstos hacen parte de diversos ritos realizados en estos particulares lugares cargados de un profundo simbolismo para las poblaciones prehispánicas.

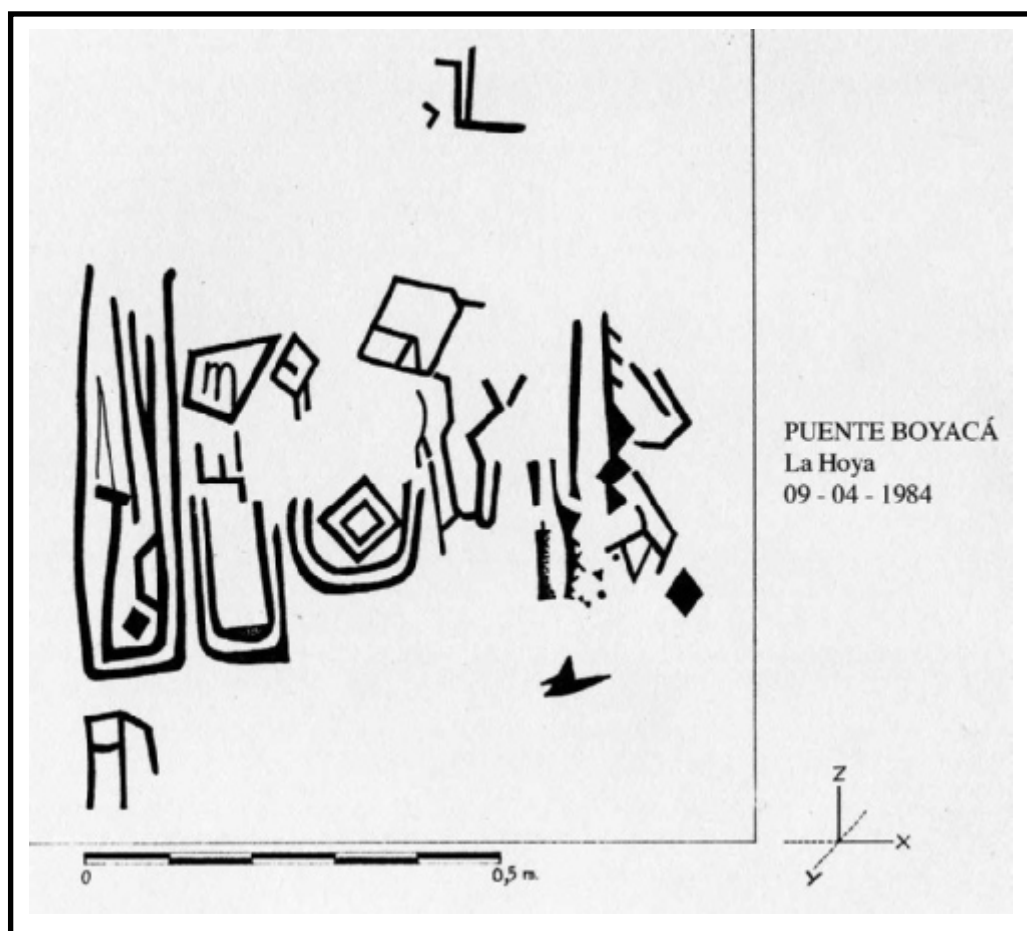


Imagen 39. Dibujo de motivos apenas perceptibles que conforman una pintura rupestre con pigmentos muy difuminados a causa del agua, el viento y la intervención humana.

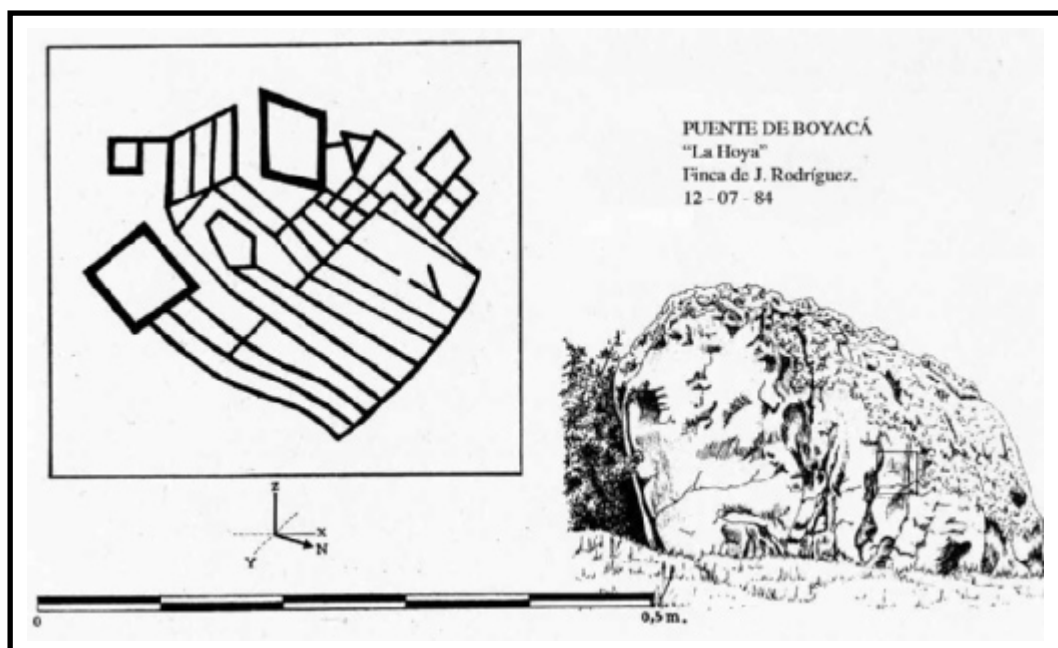


Imagen 40. Motivo difuminado plasmado en una pequeña superficie. Los trazos son apenas perceptibles y se atenúan bajo los líquenes, musgos y hongos.

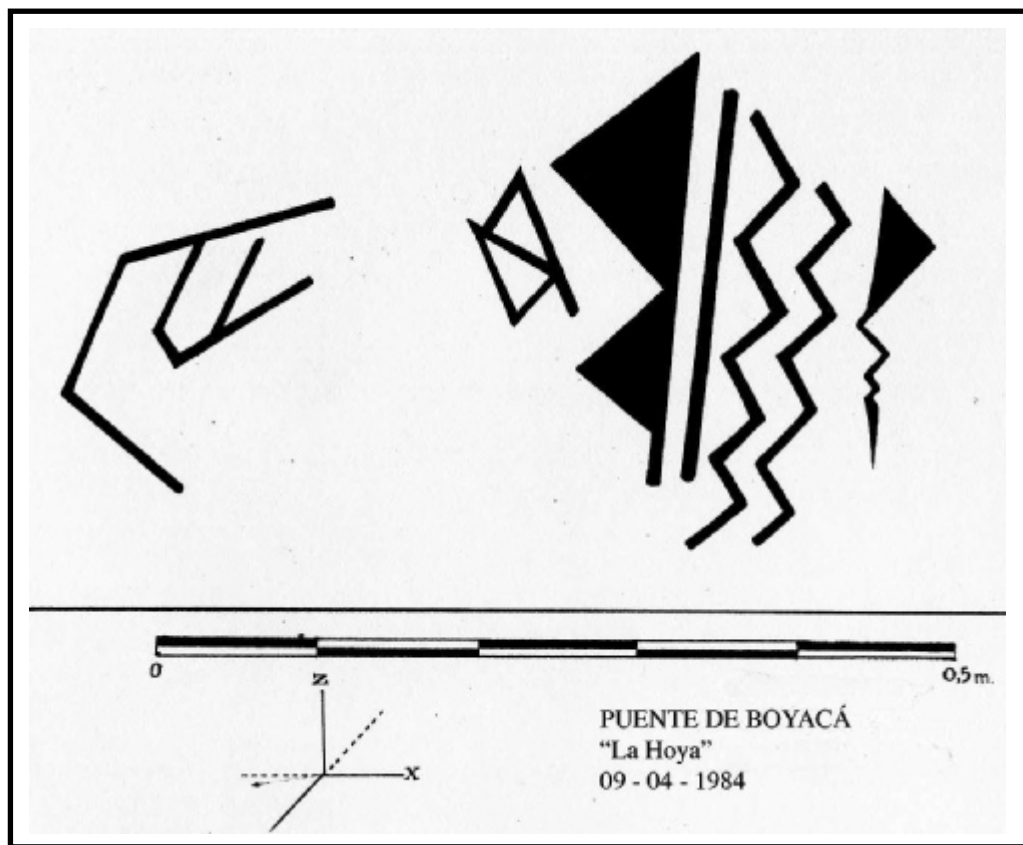


Imagen 41. Pictografía de motivos plasmados en una superficie de 0,25 metros cuadrados. Motivos trazados con pigmentos minerales rojos aplicados con los dedos.



Imagen 42. Pictografía conocida popularmente en el sector con el nombre de “piedra de la corona”. La parte superior de los motivos dibujados acá se han conservado bastante bien y muestran un rojo intenso. En la parte inferior izquierda los tenues motivos son apenas perceptibles.

Imagen 43. Fotografía de la pintura rupestre dibujada en la imagen 42. Obsérvese la zona en la parte inferior derecha la zona con pigmentos difuminados.

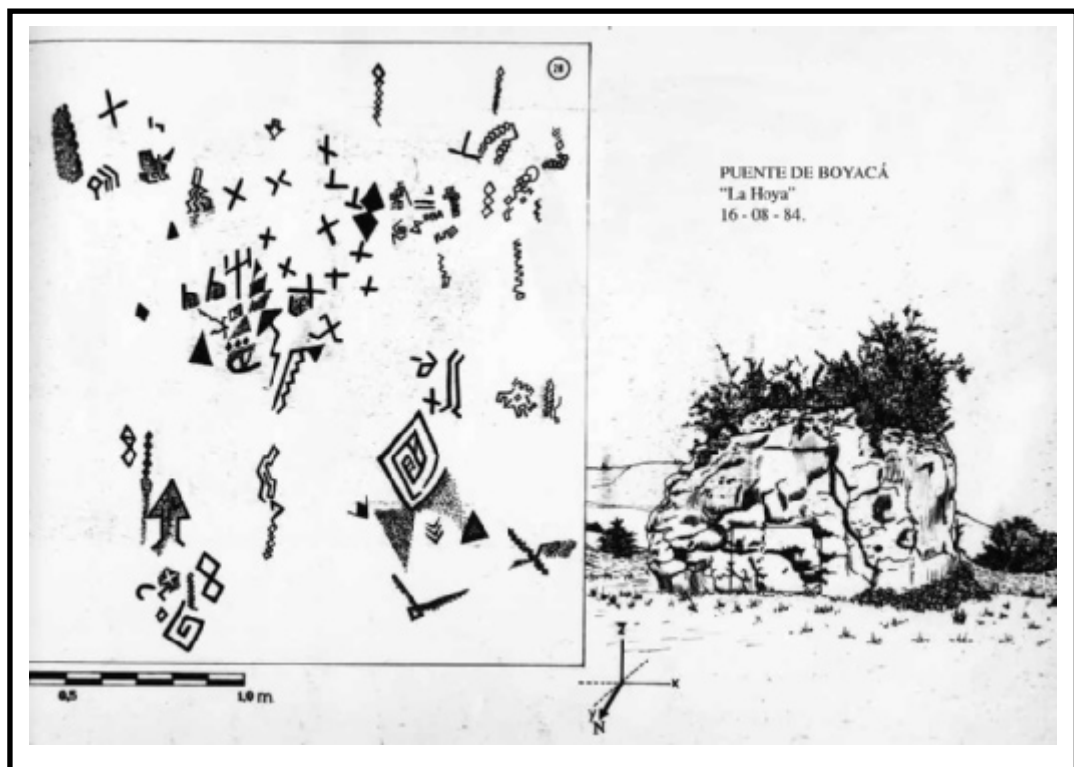


Imagen 44. Pictografía dibujada en la pared de un bloque errático en el que se encontraron en sus inmediaciones, fragmentos de cerámica del periodo Herrera en la vereda "La Hoya" del Puente de Boyacá.



Imagen 45. Fotografía de la piedra de la imagen 44 que posee pictogramas. Su superficie se cubre paulatinamente de hongos y líquenes que afectan los trazos de las pinturas rupestres.

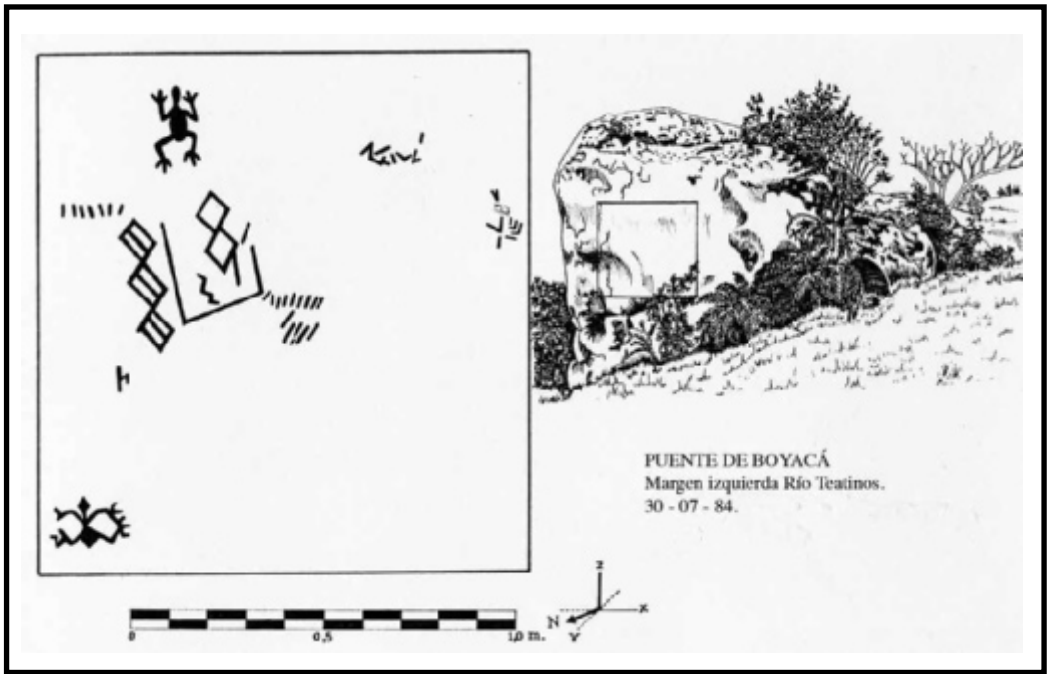


Imagen 46. Se ha definido genéricamente el 'estilo' de los motivos dibujados en las pinturas rupestres en las categorías de 'motivos abstractos' y 'motivos naturalistas'. La gran mayoría de las pinturas rupestres del Altiplano Central de Colombia y en particular de la zona del Puente de Boyacá, se consideran como representaciones geométricas abstractas. En esta pictografía, —de acuerdo con esos parámetros—, tendríamos a la vez, representaciones naturalistas y abstractas.



Imagen 47. Superficie de la pictografía dibujada en la imagen 46. Obsérvese los líquenes, musgos y hongos que cubren la superficie pintada.

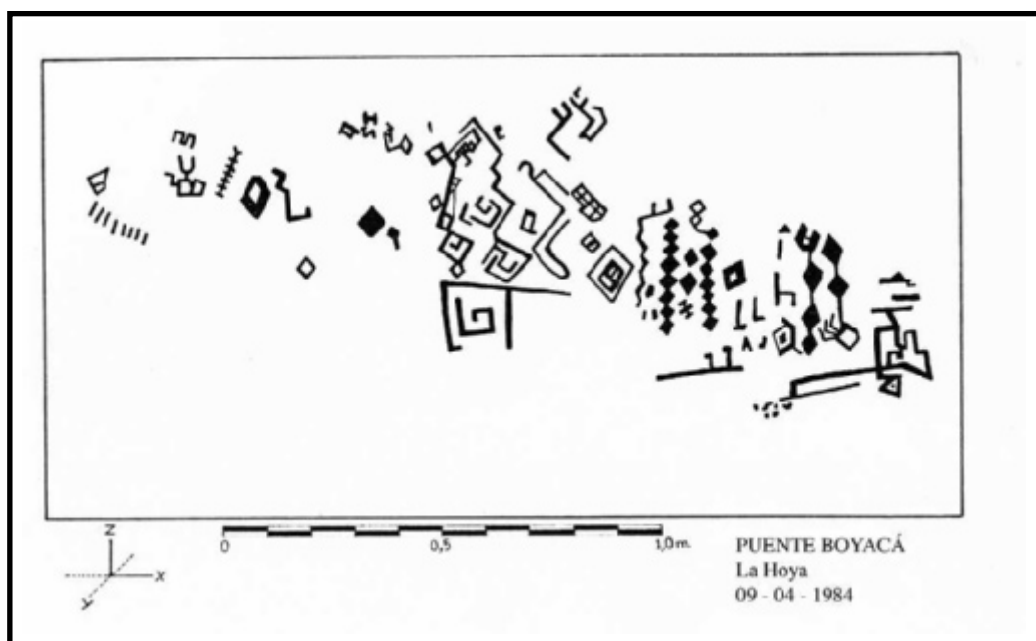


Imagen 48: Pictografía de motivos dibujados en una superficie de sólo dos metros cuadrados. Existe una profusión de motivos que no se superponen. Puente de Boyacá.

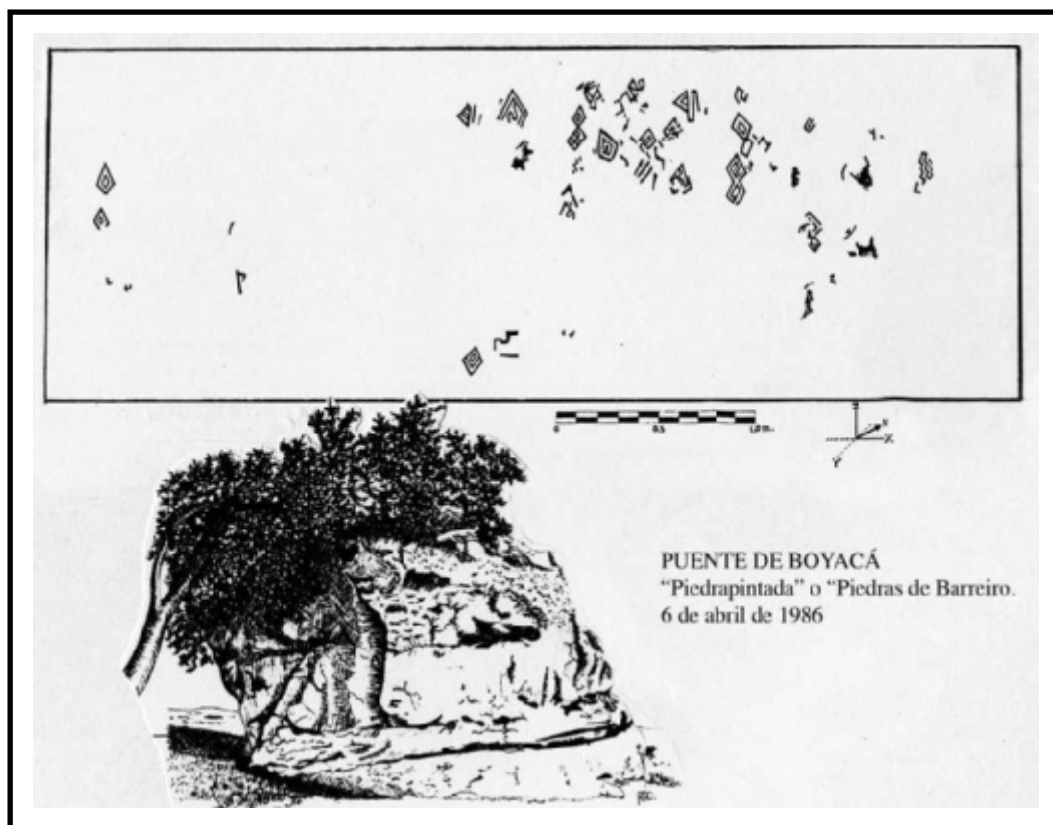


Imagen 49. Pared orientada en el sentido Este – Oeste de la “Piedra de Barreiro”. Varias figuras con morfología similar cubren una superficie de cerca de seis metros cuadrados en el sector opuesto a la pintura representada en la imagen 21, del bloque errático conocido localmente como la “Piedra de Pedro Pascasio Martínez”.

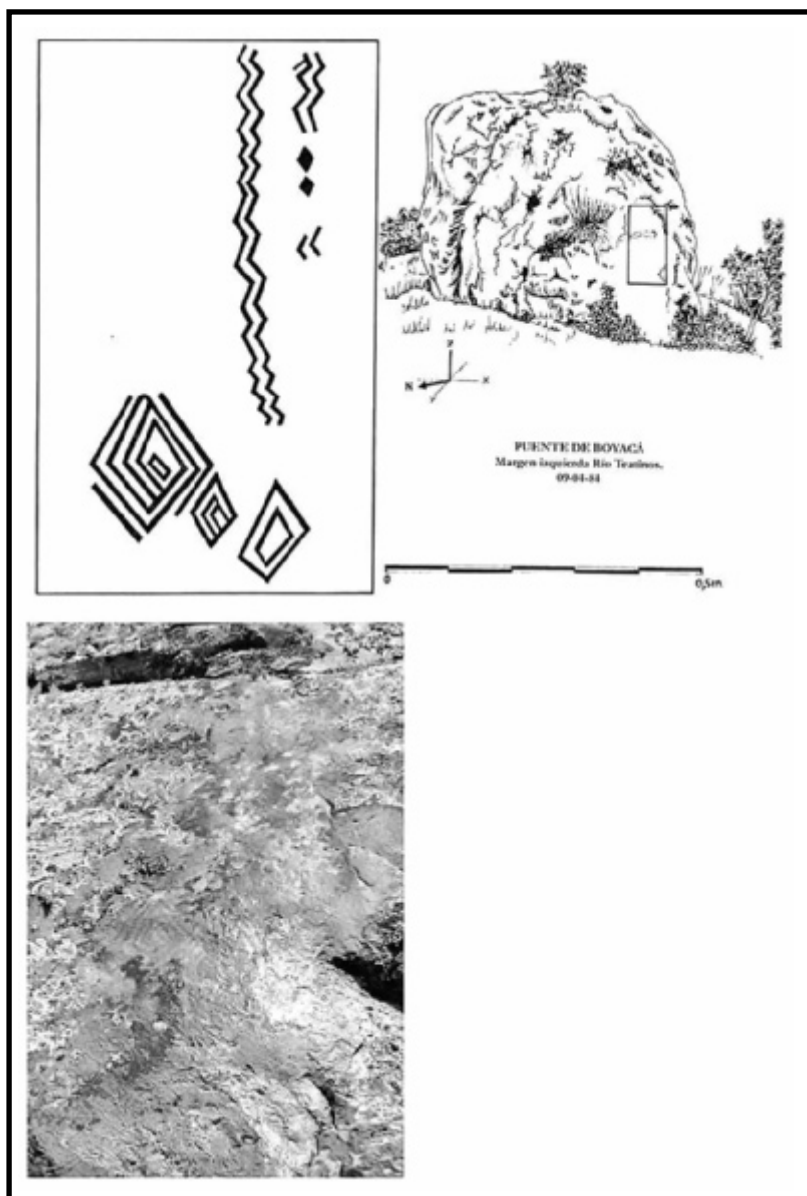


Imagen 50. Dibujo de los trazos de pigmentos rojos que conforman el pictograma plasmado en la cara norte del bloque errático localizado en margen izquierda del río Teatinos en el predio del Campo de Batalla de Boyacá.

Imagen 51. Fotografía de la pintura rupestre dibujada en la imagen 50 y plasmada con pigmentos minerales rojos en un bloque errático ubicado en la margen izquierda del río Teatinos.

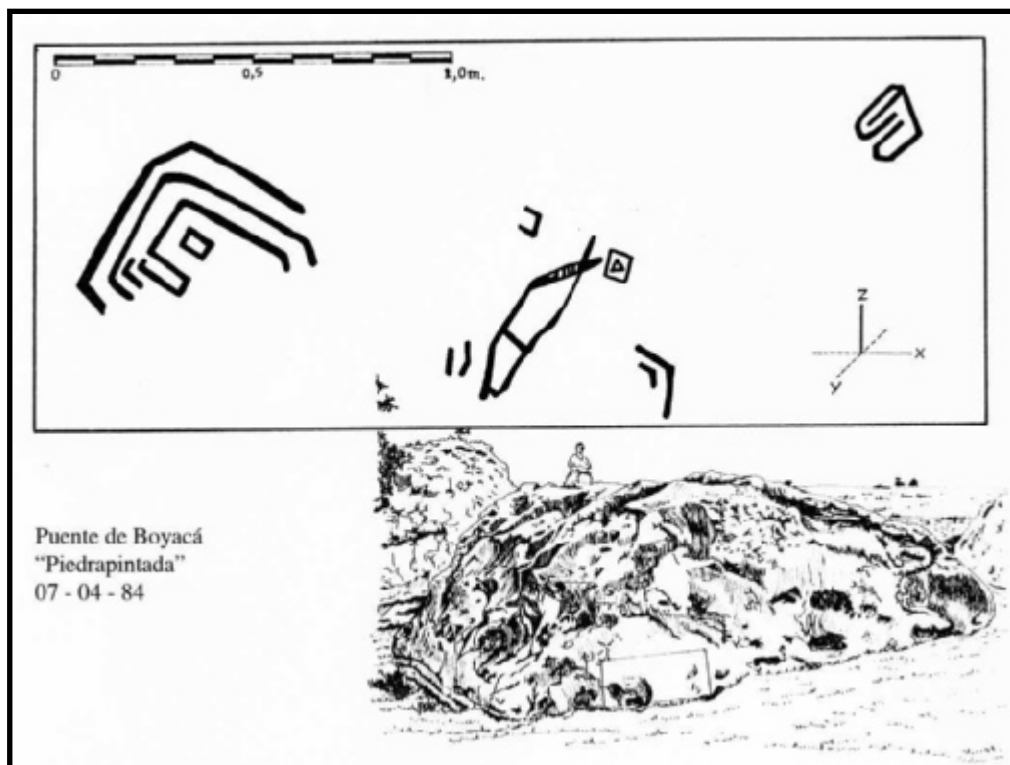


Imagen 52. Pictograma de uno de los seis grandes bloques erráticos de "piedra pintada". La superficie pintada toca el actual nivel del suelo y se entierra en los sedimentos aledaños. Muy probablemente la parte enterrada de este bloque errático es tan grande como la parte emergida.

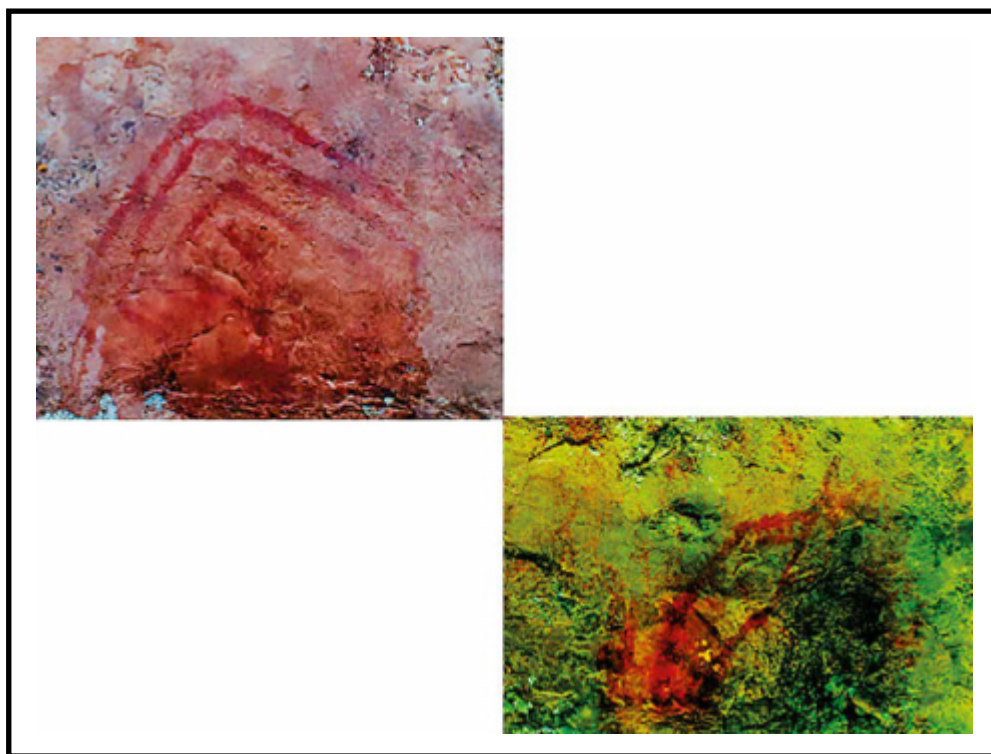


Imagen 53. Fotografías de dos de los motivos dibujados en la pared oriental del bloque errático de la imagen 52. Esta pictografía es llamada “Piedra del Pescado” por los habitantes de este sector en Puente de Boyacá.

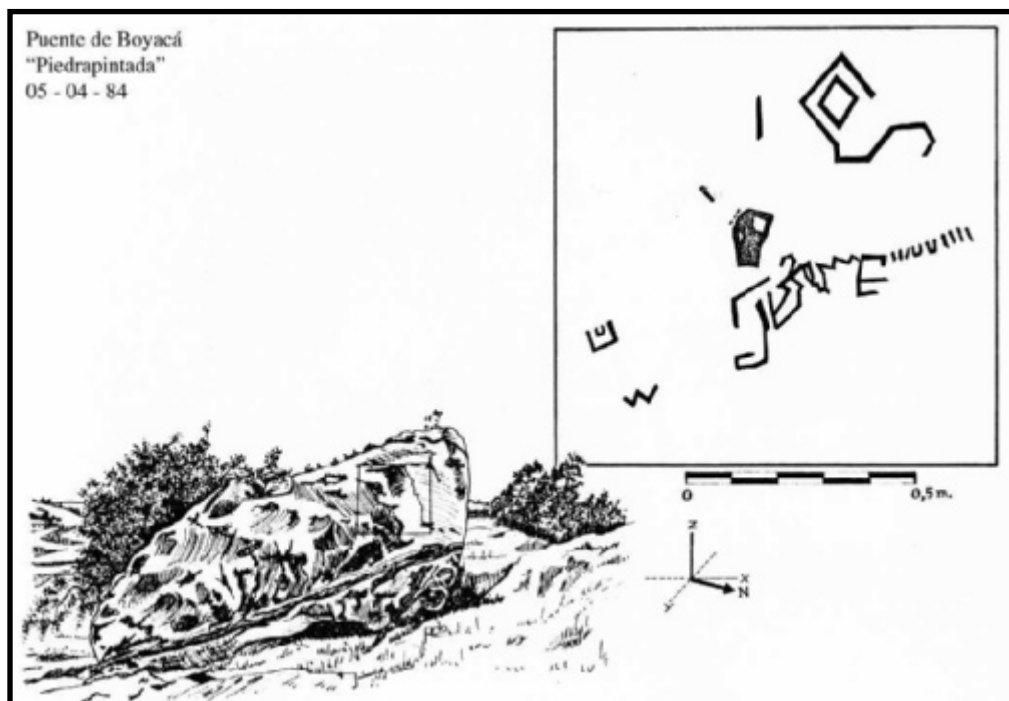


Imagen 54. Pintura rupestre de la cara norte de "piedra pintada" en el Puente de Boyacá. El conjunto de seis grandes bloques erráticos posee pictogramas de diversos tamaños, épocas y ocasiones.

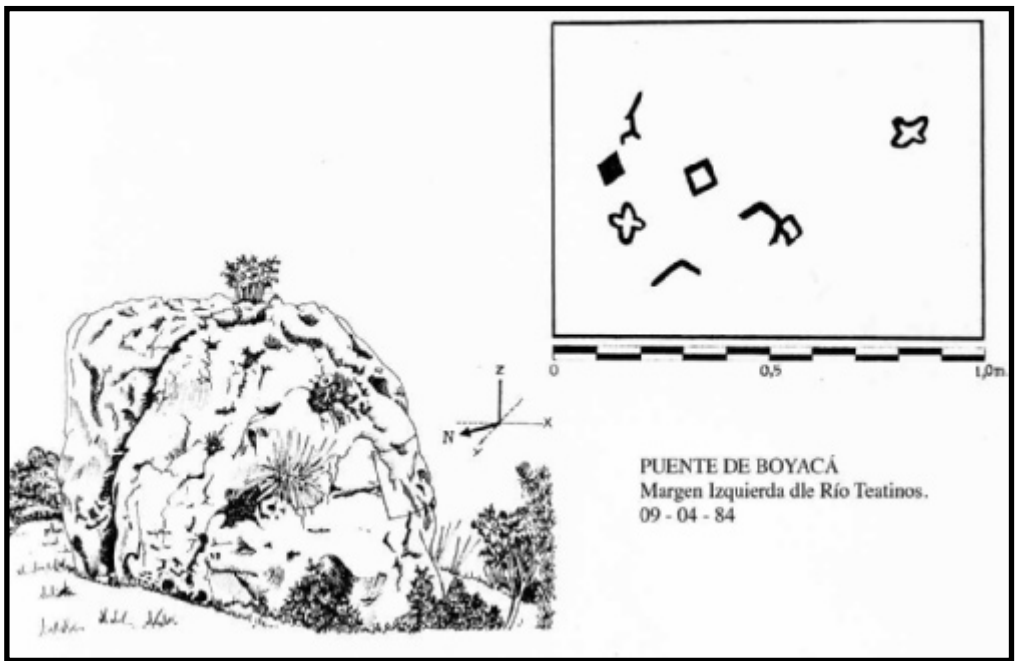


Imagen 55. Bloque errático ubicado en la margen izquierda, —río abajo—, del río Teatinos. Posee en su pared orientada hacia el norte, un conjunto de figuras cerradas similares a algunos motivos encontrados en pictografías de la vereda Pataguy en el municipio de Samacá.

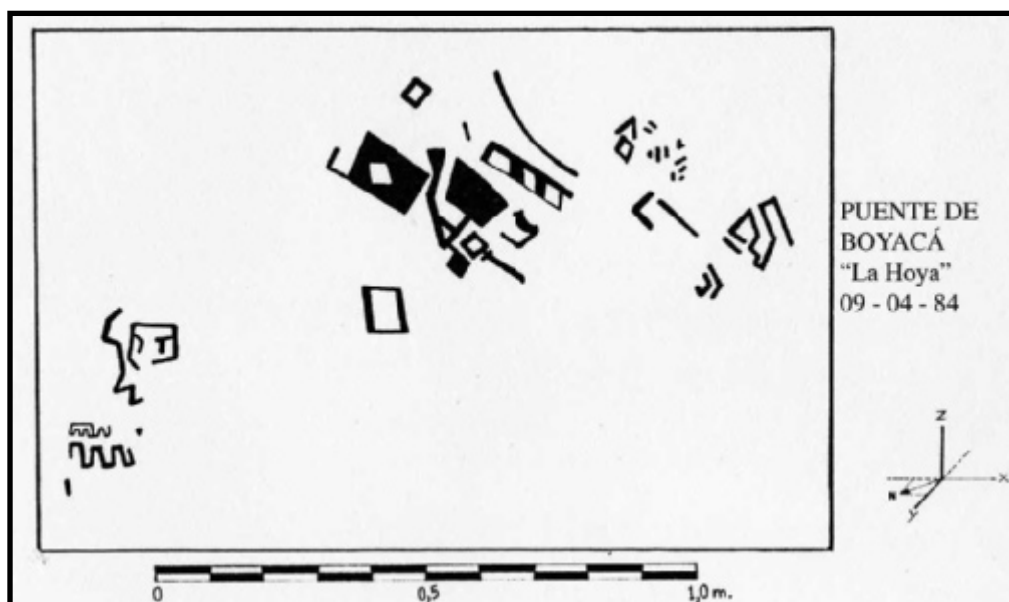


Imagen 56. Figuras diversas trazadas con pigmentos minerales rojos en la pared de un bloque errático en la vereda "La Hoya" del Puente de Boyacá.

*Se terminó de imprimir el presente número especial
de Nuevas Lecturas de Historia el 10 de diciembre de 2015,
en los talleres de Búhos Editores Ltda.
Los textos se levantaron en la fuente de la familia Minion Pro.*

COLECCIÓN RUTA DEL BICENTENARIO

AVENTUREROS, MERCENARIOS Y LEGIONES EXTRANJERAS EN LA INDEPENDENCIA DE LA GRAN COLOMBIA, Matthew Brown. UPTC, La Carreta Editores, 2010.

EL PROCESO IDEOLÓGICO DE LA EMANCIPACIÓN, Javier Ocampo López. UPTC, La Carreta Editores, 2010.

MEMORIA, HISTORIA Y NACIÓN, Javier Guerrero y Luis Wiesner (Comp.). Uptc, La Carreta Editores, 2010.

PARA REESCRIBIR EL SIGLO XX, Javier Guerrero y Olga Yanet Acuña (Comp.). UPTC, La Carreta Editores, 2010.

HISTORIA SOCIAL Y CULTURAL DE LA SALUD Y LA MEDICINA EN COLOMBIA, SIGLOS XVI-XX, Javier Guerrero, Luis Wiesner y Abel Martínez (Comp.). UPTC, La Carreta Editores, 2010.

¿PARA QUÉ ENSEÑAR HISTORIA?, Javier Guerrero y Luis Wiesner (Comp.). UPTC, La Carreta Editores, 2011.

MEMORIAS MILITARES CAMPAÑA DEL NORTE (1900), Jorge Brisson. UPTC, La Carreta Editores, 2011.

VISIONES MULTICOLORES DE LA SOCIEDAD COLONIAL, Javier Guerrero y Luis Wiesner (Comp.). UPTC, La Carreta Editores, 2011.

GENTES, PUEBLOS Y BATALLAS. Microhistorias de la Ruta de la Libertad, Javier Guerrero y Julián Sebastián Calderón (Comp.). UPTC, 2014.

LA CONSTITUCIÓN DE TUNJA DE 1811 y la invención de las repúblicas latinoamericanas, Javier Guerrero Barón, (Comp.). UPTC, 2014.

GRIPA Y PRIMERA GUERRA MUNDIAL: Clima y muerte en la pandemia de 1918-1919, Abel Fernando Martínez Martín (Coord.). UPTC, 2014.

ANTONIO NARIÑO - REVOLUCIONARIO Y CIUDADANO DE TODOS LOS TIEMPOS, Javier Guerrero y Luis Wiesner (Comp.). UPTC. 2015.